

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS  
SERIE \* ALFA

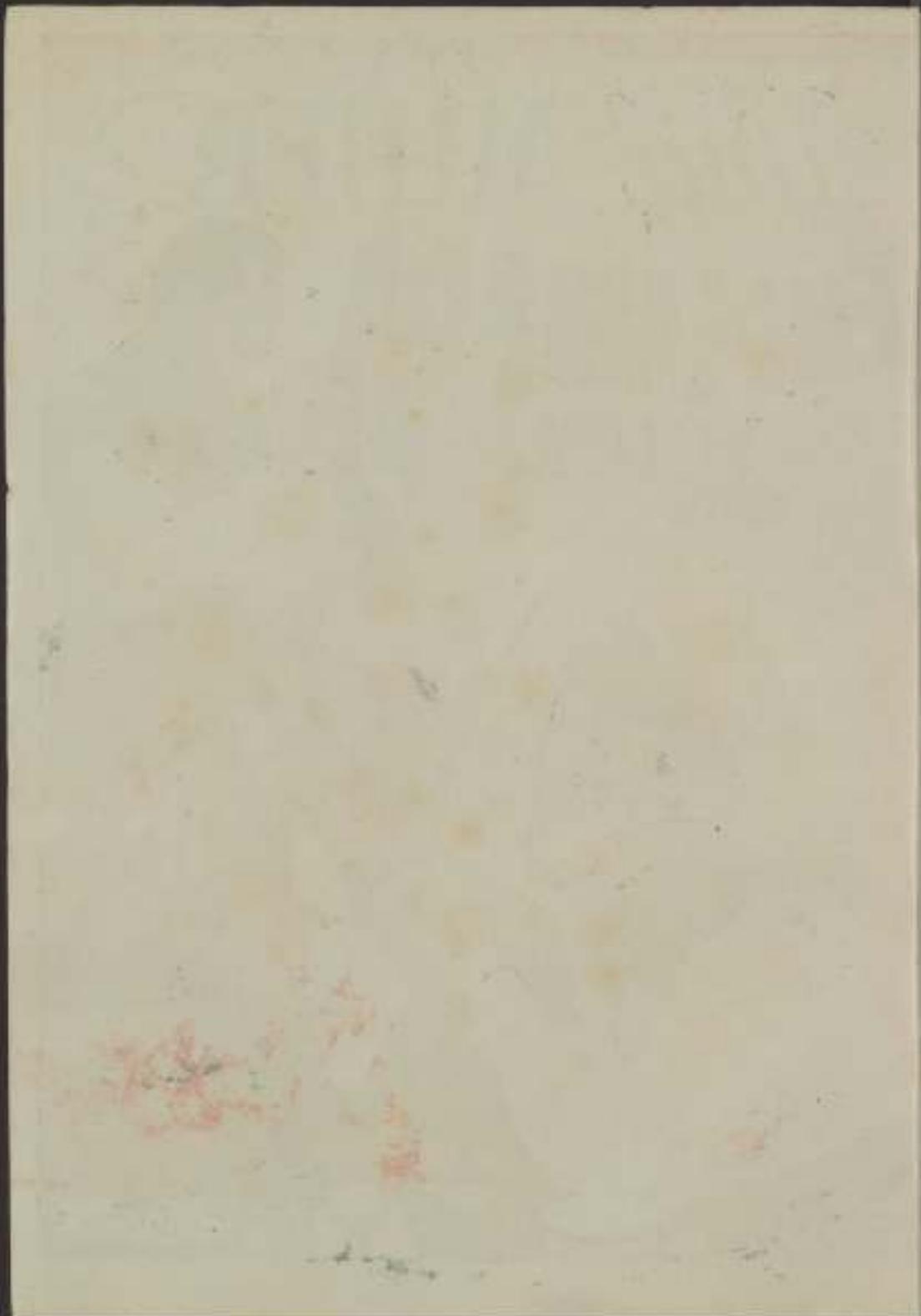
# Una MUJER ENDIABLADA

Lupe VELEZ

LEON ERROL  
DONALD WOODS



Editorial  ALFA





ALICIA DE SAAZ - DISEÑADORA Y DIBUJADORA  
TOMO PRIMERO - 48 PAGINAS  
AÑO 1934



---

---

Reservados los derechos de  
traducción y reproducción

---

---

IMPRESA COMERCIAL - MAS Y SALA  
Valencia, 234 - Teléfono 70657  
BARCELONA

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMON SALA VERDAGUEIL

ADMINISTRACION, REDACCION Y TALLERES:  
APARTADO DE CORREOS 707 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería  
Barbari, 16, Barcelona - Toranzo, 4, Madrid

EDITORIAL  
**ALFA**



AÑO XVIII

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS  
SERIE **ALFA**

NUM. 527

NUM. 78

## UNA MUJER ENDIABLADA

*Novela basada en la película del mismo título. Creación de Lupe Vélez.*

Conseguir un contrato, los celos de una joven esposa y otras muchas circunstancias, obligan a MATT LINSAY (Leon Errel) a suplantar la personalidad de un célebre financiero y hombre de negocios. Los aprietos en que éste se encuentra a lo largo de la trama y los diálogos llenos de comicidad y buen humor, así como las situaciones por las que atraviesan todos los personajes, hacen de ésta una novela entretenida y dinámica. **Lupe Vélez**, en su papel de esposa celosa, hace una creación de mujer sensible, que sólo desea el amor de su esposo; y cuyos esfuerzos, para lograrlo, motivan a veces complicar la situación, pero llegando a un final armónico, en el que triunfa el verdadero amor.

**EXCLUSIVAS**

**EDICION**

Casa central:  
Rambla Cataluña, 118  
Sucursal en Madrid:  
Calle Mayor, 4

## PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Carmelita</i> . . . .	Lupe Vélez
<i>Tío Matt</i> . . . .	Leon Errol
<i>Lord Epping</i> . . . .	Donald Woods
<i>Dennis</i> . . . .	Elisabeth Risdon
<i>Tía Della</i> . . . .	Cecil Kellaway
<i>Chumley</i> . . . .	Linda Hayes
<i>Elisabeth</i> . . . .	Lydia Bilbrook
<i>Lady Epping</i> . . . .	Charles Coleman
<i>Ponsby</i> . . . .	Charles Quigley
<i>Roberts</i> . . . .	

Dirección:

**Leslie Goodwins**

Guión cinematográfico:

**Charles E. Roberts**

**Jack Townley**

Productor:

**Cliff Reid**

Novelización de  
**Gumersindo González**



**EXPLORERS**

# UNA MUJER ENDIABLADA

RESUMEN ARGUMENTO  
DE LA PELÍCULA

## UNA MUJER ENDIABLADA

LOS diarios de Nueva York anuncian en grandes titulares la próxima llegada a la capital de los rascacielos, y a bordo del famoso transatlántico «Queen Mary», procedente de Inglaterra, del viejo lord Epping. Lord Epping es dueño de una famosa destilería y piensa financiar tres millones de dólares para el mismo negocio a los comerciantes americanos de este ramo. Por eso varios hombres de negocios esperan con impaciencia su llegada, aunque tratan de esquivar su presencia entre ellos, esperando quién será el afortunado que saludará primero al viejo lord.

De entre todos los que esperan al buque y saliendo del grupo, dos caballeros se acercan al empleado que

se encuentra a la entrada del valedo que limita el recinto por el que pende la escalera del buque y por la que han de descender los pasajeros: son Brown y Skinner. Ambos miran con desconfianza a uno y otro lado, como temiendo ver aparecer, sin duda, a algún otro negociante que espere a lord Epping y que consiga entrevistarse con él antes que ellos, evitando de este modo que puedan firmar el contrato con el viejo aristócrata inglés, que a tal efecto traen ya preparado por si se presentase la ocasión.

Sin duda a quien más temen de todos los competidores es al joven Dennis Lindsay, que en poco tiempo ha logrado un puesto preponderante en el mundo mercantil gracias a su talento, y que es el más peligroso

rival, en cuestión de negocios, de Skinner y Brown.

—Podríamos haber ido en la lancha del práctico y hubiéramos visto al viejo antes de desembarcar. Esto nos hubiera permitido hablarle de negocios antes que otro — dice el llamado Brown a su acompañante.

—No te preocupes, nadie tendrá ocasión de acercarse a él. Yo voy a conseguir el contrato aunque tenga que atarle de pies y manos al viejo — asegura Skinner con energía.

—Sí; pero Dennis Lindsay también habrá hecho sus planes para conseguir lo mismo y no va a dejar escapar su mejor oportunidad y fuente de ingresos sin ofrecer lucha — arguye su amigo — Oye, habla del diablo y... ¡mira!

Y señala hacia el lugar por donde momentos antes han entrado ellos, a un joven de aspecto simpático y agradable, el cual viene acompañado de otro hombre de negocios y socio suyo, un tal Roberts.

—Oye, Dennis, ¿has visto quién está aquí? Skinner y Brown. ¿No crees que han venido para hablar con lord Epping y fastidiarnos a nosotros?

—Es probable. Esos dos bandidos son capaces de todo — dice éste, preocupado al advertir la presencia de los otros — No les llemes la atención. Tengo un plan que voy a po-

ner en práctica — añade Dennis de pronto, al que se le ha ocurrido una idea para desembarazarse de sus dos rivales lo más cómodamente posible. Y se acerca al policía secreto que se encuentra en el muelle y que es amigo suyo.

—Hola, Jim!

—Hola, Dennis, ¿cómo estás? ¿Has venido a esperar a alguien?

—Sí, llega un cliente mío en este buque. ¡Oh, a propósito, Jim! ¿Ves a esos dos individuos que están ahí que llevan traje obscuro? — dice Dennis con misterio y en voz más baja, mientras señala a Brown y Skinner.

—Sí.

—Hace rato que les veo actuar de manera sospechosa. Por casualidad he oído parte de su conversación y temo que están preparando algún rapto o cosa por el estilo.

—¿Cómo? — pregunta Jim — ¿Eso es todo lo que has oído?

—Espera, que me pareció oír que hablaban de «exchar manos» a lord Epping cuando abandone el buque.

—¡Qué! — exclama el policía, algo asustado.

—Claro, que puedo equivocarme.

—Muy bien, Dennis. Gracias por el informe.

—Ya están listos — dice Dennis a su amigo.

Jim se ha acertado cautelosamente a Skinner y Brown, los cuales,

ajenos a la vigilancia de que son objeto, hablan de la cautela con que deberán actuar una vez desembarque lord Epping.

—Tenemos que obrar con rapidez. No hay que darle tiempo a que salga con excusas. Así es que le llevaremos rápidamente al taxi que tengo esperando. ¿Todo a punto?

—Todo a punto.

—Muy bien. Vamos allá.

—No, señores, no. Un momento, amigos—interviene el policía, seguro ya con lo que ha oído de que éstos traman algo.

—Perdone usted, pero...

—¡Será mejor que hablen claro en vez de pedir perdones!

—¿Con quién cree que está usted hablando?—pregunta indignado Skinner a aquel desconocido.

—Eso ya me encargaré de averiguarlo. Lo que sé es con quién está hablando usted—contesta Jim, al propio tiempo que le enseña su placa de policía.

—No sé qué le pasa, señor—se disculpa Skinner—, pero nosotros tenemos que ir al buque a recibir a un amigo.

—¿Sí, eh? ¿Qué tienen que decirle a lord Epping?—pregunta el policía irónicamente, al propio tiempo que coge a cada uno de ellos de un brazo.

Entretanto, Dennis y Roberts se

han acercado a lord Epping y le saludan, mientras éste desciende por la pasarela del barco. El viejo lord es un tipo extraño, con su visera a cuadros y su raro porte sonríe al ver a los que le esperan.

—¡Bienvenido, lord Epping! ¿Cómo ha ido el viaje?

—¡Hola, Lindsay! Le agradezco mucho que haya venido a esperarme al barco. Por regla general me pierdo en esta ciudad, ya lo sabe.

—Ah, permítame que le presente a mi socio el señor Roberts.

—¿Cómo está usted, lord Epping?

—Muy bien, gracias.

—¿Dónde está el señor Chumley?

—pregunta de pronto Dennis, al notar que el secretario de lord Epping o inseparable acompañante de éste no viene con él.

—No sé qué pasó con Chumley. Creo que perdió el vapor.

—No es cosa propia en él—observa Dennis, que recuerda lo puntual y metódico que es el secretario del viejo lord.

—Bueno, vámonos allá.

—¿Adónde vamos?—pregunta el viejo.

—¿Qué le parece si fuéramos a echar una canita al aire y a comer un bocadillo—invita Dennis.

—Me parece una idea estupenda.

—¡Ya suponía yo que tendría apetito!

—No, no; la idea estupenda me parece lo de la canita al aire—aclara el lord mientras sigue andando hacia la salida.

—¡Adiós, Jim!—dice Dennis al pasar cerca de donde el policía, Brow y Skinner se encuentran.

—¡Adiós, Dennis, y gracias por el aviso!

Skinner comprende entonces la jugarreta de Dennis y exclama amenazador al verle triunfante acompañado del viejo Epping:

—¡Cómo! ¡Ah, te aseguro que me las pagarás!

—Con que ha sido ése, ¿eh?—le interroga Brown al policía.

Peró éste hace caso omiso de las amenazas y de las palabras y agarrándoles más fuerte se los lleva hacia la comisaría.



En la residencia que Dennis tiene en Nueva York, en su interior se aprecian algunos preparativos y gran movimiento como si se fuese a celebrar algún cumpleaños o a conmemorar algún aniversario. Ponsby, el mayordomo, va de un lado para otro cumpliendo las órdenes que le da una deliciosa muchacha esbelta y morena, que no es otra que Carmeli-

ta, una linda mejicana, esposa de Dennis.

—Dime: ¿le has llamado por teléfono?—le pregunta su tío Matt, que se encuentra cerca de ella.

—No, tío Matt, no está en la oficina.

—Pronto regresará a casa. Debe estar muy ocupado.

—¡Si, demasiado ocupado para acordarse del primer aniversario de nuestra boda!—contesta Carmelita con despecho.

—Peró, Carmelita, eso le puede ocurrir a cualquiera. En realidad, me ocurrió a mí cuando hacía una semana que me había casado. Pregúntaselo a tu tía Della.

La esposa de Matt es una señora de cierta edad, cuya simpatía por la esposa de su sobrino no es muy notoria. Ella hubiera querido que Dennis se hubiese casado con Elisabeth, otra joven de la familia.

—Ven acá, cariño, ven acá — le dice su esposo—. ¿Recuerdas cuando pasamos la luna de miel en París? ¡Ja, ja, ja, ja, aquello fué grande! El caso es que me perdí y no la encontré hasta al cabo de tres días.

—¡No hablemos más de eso!— responde ella en tono altivo.

—Peró supongo que no será un mal de familia, y que Dennis no seguirá tus pasos.

—Oye, Carmelita, nadie va a se-

guir mis pasos, tengo yo mucho cuidado en eso.

—No lo hará si no le gustan las malas compañías—arguye su mujer.

—Tal vez será mejor que cambie la dirección para mi correspondencia.

—Lo mejor será que cambies tú de dirección — observa Della mientras se aleja de su lado.

—¡Eh!... Estoy muy bien aquí.



Lord Epping ha sido llevado por Dennis y Roberts a la oficina de aquél. Después de tratar de negocios y beber algunas copitas de licor, el viejo, que es bastante alegre, siente ganas de oír música y pone la radio. Atraído por el ruido de ésta, un empleado de la casa intenta penetrar en la habitación, a ver quién hay allí.

—Oh, perdone, señor—se disculpa al ver de quien se trata.

—No hay de qué, no hay de qué.

—La señora Lindsay acaba de telefonar y me he dicho que no estaba usted aquí. Creí que se había marchado.

—Gracias... ¡Caramba! — exclama, recordando de pronto—. Perdóne, lord Epping. Lo había olvidado por completo. Hoy es el aniversario

de nuestra boda y celebraremos una pequeña fiesta esta noche.

—¿Por qué no te vas en seguida?—le invita Roberts, solícito—. Yo atenderé a nuestro amigo.

—Será mejor, pero ahora voy a telefonar.

—¿Oiga, es Ponsby? Diga a la señora Lindsay que se ponga al aparato.

El mayordomo obedece la orden de su señor y acercándose a Carmelita le dice:

—El señor Lindsay le llama por teléfono, señora.

—Oh, gracias, Ponsby.

—¡Hola, Dennis querido! Estaba preocupada por tí. Están aquí todos los invitados esperándote.

—Lo siento, Carmelita, pero me he entretenido con un negocio importante. He estado en una reunión hasta ahora.

—¿Qué reunión? ¿Dónde estás? —le pregunta Carmelita al sentir la música de la radio que ha conectado lord Epping momentos antes.

—Pues estoy en la oficina.

—¿En qué oficina, querido? — pregunta ella con ironía.

—En la mía, desde luego.

—¿Y... ¿has estado ahí todo el tiempo?

—Mujer, claro que sí. Pero voy a casa inmediatamente.

—Eso no es cierto. No estás en

la oficina porque hace unos minutos que he telefonado y no estabas ahí.

—¿Qué? Es que no te digo bien.

—¡He dicho que me tiene sin cuidado que vuelvas o no—grita ella colgando el auricular con rabia y acercándose a su tío.

—¡Oh! Si no fuese una señora me pondría a chillar, pero no lo haré, no lo haré.

Y da un grito imponente, porque sus nervios están a punto de estallar.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te ha dicho?

—No soy una señora... Dice que está celebrando una reunión.

—Vamos, no seas tonta. ¿Dónde te ha dicho que estaba?

—En la oficina, pero yo sé que no es cierto... ¡Oh!...

—Escucha, si Dennis te ha dicho que estaba en la oficina, es que está allí. Iré a buscarle y le traeré al instante.

—No necesitas molestarme—observa su mujer.

—¿Qué dices?

—Que he encargado a Elisabeth que pasase a recoger a Dennis y le trajera a casa con ella.

—¿Elisabeth? Pero... oye, por lo

que más quieras, no vayas a empezar con todo aquello.

—Ya hemos discutido eso muchas veces; sabes perfectamente que Elisabeth es la muchacha con la que Dennis debía haberse casado.

—Pero no vió realizado su propósito. Se quedó compuesta y sin novio.

—Cuando pienso en Dennis casado con esta niña, no acierto a decir palabra.

—¡Oh! No te hagas la inocente. Tú sabes todas las palabras.

—Sí, claro de oírtelas decir a ti.

—Eres muy observadora.



Dennis y Elisabeth, como Della ha dicho momentos antes, llegan a la casa de éste, mas al ir a penetrar en ella, Elisabeth finge que algo le ha entrado en el ojo.

—¡Oh, Dennis! No sé qué me ha entrado en este ojo. ¿Quieres prestarme tu pañuelo?

—Claro que sí, tómalo.

Ella se adelanta y en un descuido de Dennis pasa el pañuelo por sus labios, dejándolo impregnado de carmín, sin que el joven se haya percatado de nada, penetrando en la casa seguidamente.

LOS CELOS DE CARMELITA

CARMELITA, que ha subido a su habitación después de la llamada telefónica de su marido, vuelve al vestíbulo, donde aun discuten sus tíos. Tiene un aire triste y meditabundo, baja de su habitación y lleva en la mano una maleta y su atavío parece propio para ir de viaje. Llama a su tío con voz quejumbrosa pero dócil al mismo tiempo. Y en verdad que es extraño en ella esta actitud, pues es una mujercita demasiado nerviosa y acostumbrada a imponer su voluntad, a la cual no sienta en absoluto este aire de resignación.

- Tío Matt,
- ¿Qué te ocurre?
- Adiós,
- Adiós—dice distraído su tío.

A poco reflexiona y exclama—  
¿Adónde vas?

—He terminado con Dennis para siempre. En cuanto le ves entrar me voy.

—¿Te vas? ¿Adónde?—le pregunta su tío Matt, quien no comprende aquella repentina marcha.

—A casa... A Méjico

—No digas majaderías.

—Matt—le llama su esposa.

—¿Qué?

—Yo creo que Carmelita sabe lo que hace.

—Claro que sí—responde Carmelita, afirmativa.

—Tal vez la muchacha comprende que nunca debía haber salido de Méjico—dice Della a su esposo.

—¿Qué significan estas palabras?

—pregunta enfadada Carmelita, la

cual sabe el poco afecto que siente por ella su tía.

—Oye—dice Matt a su esposa—, ¿se puede saber lo que estás tramando?

—Sea lo que sea—dice Carmelita—, creo que no me huele bien y por esa razón me quedo.

—Dejarla que se vaya a Méjico—dice Della a su esposo.

—Tío Matt, no me iré—dice Carmelita, que le gusta llevar la contraria a todo el mundo.

—¿Y ese equipaje?—le dice su tío, señalando su maleta.

—Haré creer a Dennis que me voy... y tal vez lamento llegar tarde... ¿Entiendes?

Suena el timbre de la puerta; es Dennis que regresa a casa.

—¡Oh!—exclama Matt.

—¡Adiós!—dice Carmelita al tiempo de abrir la puerta. Al salir tropieza con su esposo, quien le dice extrañado:

—Pero, ¿qué es esto? ¿Adónde vas?

—Hola, Carmelita—dice Elisabeth—; sentimos llegar tarde.

—¿Qué hace aquí esta señorita?—le pregunta iracunda Carmelita a su esposo.

—Yo la invité a venir—responde Della.

—No podía ser otra cosa—dice Carmelita molesta.

—¿Adónde vas?—vuelve a preguntar su esposo.

—Carmelita regresa a Méjico—le hace observar Della.

—¿Cómo?—pregunta Dennis sorprendido.

—¡Me voy!—contesta Carmelita—. No quería irme... pero ahora me voy.

—De ningún modo—dice Matt.

—Yo digo que sí—grita Carmelita.

—Pero escucha, fiercecilla—le dice su marido—, siento que hayamos llegado tarde.

—¿«Hayamos» has dicho?—observa iracunda Carmelita.

—Que haya llegado tarde—rectifica su esposo.

—¡Oh! Hace sólo un año y ya estás cansado de mí... No... Tú ya no me quieres.

—Eso no es cierto. Te quiero mucho.

Sin embargo, ella gimotea a pesar de la afirmación de su marido y le saca el pañuelo que aquél lleva en el bolsillo y que momentos antes la astuta Elisabeth untó con la pintura de sus labios, sin duda para provocar una escena de aquella clase, pues no se resigna a ver a Dennis casado con Carmelita pensando lo mucho que ella hizo para evitar aquel matrimonio y lograr que el joven fuese su esposo. En todo esto,

naturalmente, la ayudó su tía Della, que lo es también de Dennis, pero los esfuerzos de ambas de nada sirvieron.

—¡Ajá!—exclama Carmelita al ver marcado en el pañuelo de su esposo el carmin de unos labios—. Mira, tío Matt.

—¿Qué?

—Rojo de labios.

Y apuntando con el dedo a Elisabeth, que es quien viene con Dennis, dice:

—La misma boca, el mismo rojo.

—Vamos, querida Elisabeth, jamás podríamos creerlo—dice Della.

Carmelita se enfada y grita desahogadoamente a su esposo:

—¡Ya sabía que andabas con esa vieja! ¡Buena, si quieres a esa vieja cara de palo, quédate con ella!

Coge su maleta, abre la puerta y, volviéndose a su marido, agrega:

—No te atrevas a seguir mis pasos, porque si lo haces... ¡te morderé!

Carmelita cierra la puerta y, al acercarse al ascensor, va diciendo sola:

—Cada vez que veo a esa mujer me dan ganas de abofetearla. Estoy tan desesperada que sería capaz de cometer cualquier disparate.

Se abre la puerta del ascensor y sale lord Epping, quien sólo ha oído

las últimas palabras, y, asustado, le pregunta:

—¿Qué decía usted?

—Descienda—dice Carmelita al encargado del ascensor.

Y Epping, que es muy distraído, cree que se lo dice a él y le responde cortésmente:

—No, gracias; acabo de subir, señorita.

Carmelita entra violentamente en el ascensor y empuja a Epping y a su acompañante.

—¿Qué le pasa a esa mujer que parece que echa chispas?—pregunta el viejo lord.

El esposo de Carmelita salió de su casa tras ella corriendo y, tropezando con lord Epping, le dice sin fijarse en él:

—Perdone usted.

Y sigue corriendo tras de su esposa; pero no ha dado sino unos pasos cuando oye que el acompañante de lord Epping, que es su amigo y socio Roberts, le hace observar:

—Lord Epping deseaba distraerse un rato... y por eso le he traído aquí.

—No sabes cuánto me alegro—responde Dennis, quien no sabe qué hacer: si salir a buscar a su esposa o quedarse con lord Epping.

Della sale de la casa y, viendo a lord Epping, le dice:

—Cuánto me alegro de verle de

nuevo. Pase usted. Le presentaré algunas personas muy simpáticas.

—¡Oh, es usted muy amable!

—responde lord Epping al entrar en casa de Dennis.

Al quedar solos Dennis y Roberts, le dice éste:

—Oye, Dennis, no le dejes salir de esta casa hasta que su secretario Chumley esté aquí.

—¿Por qué?—pregunta Dennis.

—Skinner está como loco. Desde que saliste de la oficina ha hecho lo posible para dar con él.

—¿Y dónde está Skinner ahora?

—Le he dado el esquinazo. Esta casa es el único lugar de la ciudad en el que no se le ocurrirá buscar a Epping. Por lo tanto, debes retenerle aquí unos días como huésped.

—Sí, tienes razón—le responde convencido Dennis— Bueno, pásala.

—Oye: ¿era tu esposa la que encontramos en el ascensor?

—Tú lo has dicho: «era».

—¿Qué quieres decir?... ¿Adónde iba?

—Eso es lo que yo quisiera saber—le responde Dennis al entrar de nuevo en su domicilio.

—

Carmelita se ha llegado a una agencia de viajes y dice al agente que está en el mostrador;

—Oiga, oiga.

Pero el agente es algo sordo y no contesta. Carmelita, que está de mal humor, le grita:

—¡Oiga! ¿No me oye?

El agente se aproxima a ella y sonríe afectuosamente, preguntándole:

—¿Qué desea?

—Quiero saber dónde puedo dejar a mi marido.

—Tiene usted suerte... No hay nada como un buen marido.

—¡Digo que quiero dejar a mi marido!

—Bueno. ¡Ja, ja! ¿Cuándo es la boda?

—¡Ya estoy casada!—le grita Carmelita.

—Pues si ya se ha casado, ¿por qué quiere encontrar otro marido?

Carmelita, en el colmo de su enfado, le grita iracunda:

—¡Ay, qué hombre más estúpido y más animal!... No, no entiendo lo que le quiero decir... ¡Que me quiero separar de él!... ¡Quiero la separación, la separación!... ¿No me oye, cara de pastel, cara de torta?... ¡Ojalá no me oiga!—se dice después Carmelita, quien comprende que en sus insultos ha ido un tanto lejos.

Cuando se ha calmado, el agente le dice:

—Ahora déjame que le diga algo.

Y dando voces prosigue:

—Si en vez de ser usted una mujer tan linda fuese un hombre, le retorciera el pescuezo como a un perro rabioso.

Y reflexivo se dice a sí mismo:

—¡Ojalá no me haya oído! No me cabe duda de que su marido se alegrará de que se separe de él... así es que ¿por qué no va... psst... a Reno?

—Psst. Hace una hora que debía haberlo dicho. ¿Reno?

—Reno—contesta el agente.

Y como lo mismo le da un lado que otro, Carmelita decide ir a Reno, del mismo modo que si el agente, en vez de aquel pueblo, le hubiese dicho otro cualquiera, ella hubiera aceptado aquella sugerencia y se hubiese ido allí. A Carmelita lo único que le interesa es dar celos a su marido.



Mientras estas cosas ocurren, en el hogar de los Lindsay, Brown y Skinner no han cesado en su empeño de hablar con lord Epping, y una vez que las cosas se pusieron en claro y el policía que por culpa de Dennis les llevó a la Jefatura les da la libertad nuevamente, ellos han hecho cuanto han podido para co-

municarse con el viejo aristócrata. Brown llega al despacho de su socio Skinner y le dice a manera de saludo:

—¡Eh! ¡Ya lo encontré! ¡Ya lo encontré!

—¿Lo encontraste? ¿Dónde está?—pregunta furioso Skinner.

—En el domicilio de Lindsay. Este es su teléfono.

—¡Magnífico!

Skinner llama por teléfono. Ponsley, el mayordomo de Lindsay, coge el teléfono y dice:

—Residencia del señor Lindsay... Un momento, haga el favor.

—¿Es para mí, Ponsley?—le pregunta Dennis con ansiedad.

—No, señor, es para lord Epping.

—¡Oh! Pensé que tal vez era Carmelita—dice contrariado Dennis— ¿Dónde crees que puede haber ido, tío Matt?

—No lo sé. Tal vez a algún hotel de la ciudad esperando que vayas a bucarla. Ya tendrás noticias de ella.

—¡Ah, ah! Buenos días, lord Epping—saluda Dennis a su huésped, quien baja al teléfono en «deshabillé» por haberse levantado de la cama en aquel instante.

—Buenos días, amigo, buenos días. ¿Dónde está el teléfono?

—Allí, señor—le señala Ponsley.

—Gracias. ¿Quién es?—

—Buenos días. Soy Skinner, de la casa Skinner y Brown. Sentimos no haberle visto en el muelle. Sin duda, usted ya recibió nuestra carta antes de salir de Inglaterra.

—Sí, sí, la recibí, Skinner, sí. Considere que era una proposición poco frecuente la que nos hicieron ustedes.

—¿Has oído?—dice Dennis a su tío al oír a lord Epping.

—Skinner—le responde Matt.

Lord Epping continúa hablando por teléfono con Skinner:

—Esta tarde iré a verle a usted sin falta, espéreme. Oiga, se me ocurre una cosa: tal vez sería una buena idea que yo tuviese la dirección de usted. ¿Quiere dármele?... Voy a tomar nota de ella.

Dennis se aproxima a su mayor-domo y le dice en voz baja:

—Ponsley, es preciso que encontremos la manera de evitar que lord Epping salga de esta casa. ¿Puede usted idear algo?

—No sé, señor.

—Escuche—le hace observar Matt—. El no puede salir de esta casa sin ropa. ¿Ha llegado su equipaje?

—Acaba de llegar, señor.

—Bien, escóndalo—le dice Dennis—. Quitelo de la vista, haga lo que quiera con él.

—Sí, señor.

—Ponsley, acérquese—le ordena Matt—. Tenga cuidado que él no se dé cuenta. Envíe a la tintorería el traje que llevaba puesto.

—Entendido, señor.

Lord Epping termina de hablar por teléfono.

—Tiene mucha razón, sí, señor. Estaré ahí esta tarde sin falta, sí. Adiós... Ponsley, prepáreme el baño y luego tráigame un traje de mañana. Debe estar en cualquier parte... o en los baúles.

—Lo siento, excelencia. Probablemente se ha extraviado y a lo mejor lo traen dentro de una o dos semanas.

—¡Caramba!—exclamó sorprendido lord Epping—. Eso sí que es tener mala suerte. Bueno, tendré que ponerme entonces el mismo traje.

—¿Qué traje, excelencia?

—Pues el que llevaba puesto cuando vine.

—Lo hemos mandado a la tintorería.

—¿A la tintorería?—pregunta lord Epping, que no puede creer lo que ha oído.

—Sí, señor, para que lo laven.

—¿Entonces no tengo ningún traje?—interrogó lord Epping, desilusionado por aquella perspectiva.

—Durante una semana, no. ¿Tie-

ne usted alguna prisa?—lo preguntó brutalmente Ponsley.

—No—respondió temeroso lord Epping—, no creo tener nada urgente.

—Bien, gracias, excelencia—dijo Ponsley, y salió de su habitación.

Cuando se encontraba solo, lord Epping se dijo a sí mismo:

—La verdad es que es muy servicial, pero preferiría menos excelencia y más obediencia.

Carmelita, entretanto, había llegado a Reno y desde allí escribía a su esposo por mediación de una taquígrafa la siguiente carta:

«Querido señor Lindsay: He creído que le interesaría saber que Carmelita Lindsay está en Reno. La pobre está desfallecida de tanto pensar en su querido Dennis. Si se decide usted a venir a reunirse con ella, sin duda todo acabará bien. Una amiga.»

—¿Le gusta así?—pregunta la taquígrafa a Carmelita.

—¡Oh, sí!—exclama emocionada Carmelita.

Comprendiendo la taquígrafa que aquella carta no era la más adecuada, le advirtió:

—Creo que lo haría mucho mejor si me dejara escribirla por mi cuenta.

—No, no, no. Ya está bien. Con esto bastará para que Dennis ven-

ga aquí en seguida. Así lo espero.

—¿Adónde vamos a enviarlo?

—A tío Matt.

—¿A tío Matt?—preguntó sin saber cuál era el destino.

—Claro, señor, tío Matthew Lindsay, Everton Apartments, Nueva York.



El tiempo pasaba y lord Epping no recibía sus esperados trajes. Un día se atrevió a preguntar al mayordomo:

—Oiga, Ponsley.

—Mande, excelencia.

—¿Qué hay de los trajes?

—¿De los trajes, excelencia?

—Sí, de mis trajes.

—¡Ah, sí!—le contesta Ponsley, quien había olvidado que lord Epping hacía días andaba por la casa en «deshabillé».

—¿Sabe algo de ellos?

—Todavía no, excelencia.

—Usted sabe que ya ha pasado una semana.

—Oh, no!—le advierte Ponsley—. Aún no, señor, hasta mañana.

—¿De veras?—pregunta lord Epping emocionado.

—Sí, excelencia.

—Perdone.

—No hay de qué, excelencia.

Ponsley baja del cuarto de lord Epping y, al pasar por el vestíbulo, coge el teléfono, que está llamando.

—Residencia Lindsay... Le he repetido varias veces que no está aquí lord Epping... Bien. Esto no me parece correcto que lo diga un caballero, señor.

—¿Quién es, Ponsley?—preguntó Dennis.

—Skinner, ese hombre tan ordinario, señor. ¿Qué quiere que le diga?

—Pues no lo sé.

Dennis dice a su tío, que está junto a él:

—Estoy preocupado, tío Matt. No podemos engañarlo toda la vida. Si al menos se presentase Chumley.

—Deja que yo hable con ese grosero, voy a quitarle las gamas de seguir molestando.

Ponsley entrega una carta a Matt y éste se dirige al teléfono e imita la voz de lord Epping.

—¿Es el señor Skinner? Aquí lord Epping al habla. Hola, ¿qué tal?

—Hola, lord Epping—contesta Skinner—. Hace una semana que trato de hablar con usted.

—Sí, ya lo sé, y la verdad es que se está poniendo bastante pesado, amigo. Quiero decirle con toda franqueza que no me gusta su actitud y no creo que podamos realizar

ningún negocio, al menos hasta que yo haya regresado.

—¿Regresado?—pregunta Skinner—. Pero ¿adónde va?

—¿Adónde voy? ¡Vaya una pregunta! Demuestra usted mucha curiosidad, ¿no le parece? ¿Que adónde voy?

Fijándose en el sobre que tiene en la mano, lee el lugar de procedencia.

—Bien, si quiere saberlo, voy a Reno.

Colgó el aparato Matt y dice a Dennis:

—Con esto estará callado una temporada.

Mirando la carta dice:

—¿A quién conozco yo en Reno?

Skinner y Brown hablan en su oficina.

—Ese viejo cascarrabias dice que se marcha a Reno.

—¿Para qué?—interroga Brown.

—Ha llegado el momento de burlarnos de Lindsay. Comprame un pasaje para el avión de Reno.

Matt ha leído la carta que Carmelita le envía desde Reno y dice a Dennis.

—¿Sabes de quién es esta carta?

—Sí. ¿Conque se ha ido a Reno?

—dice Dennis, quien se ha enterado de la carta—. Ponsley, arregla mis maletas.

—Muy bien, señor.

—No creo que tengas intención de ir a Reno, ¿verdad?

—Claro que sí—afirma Dennis.

—¿Y qué hacemos con su excelencia Epping?

—¡Es verdad! Lo había olvidado. ¿Se te ocurre algo?

—Sí, vamos—dice Matt a Dennis.

Llegan a la habitación de Dennis y Matt dice al mayordomo:

—Ponsley, deja ese equipaje y vengá a ayudarme.

—Sí, señor.

—Dese prisa, Ponsley, y arregle mi maleta—le ordena Matt, y dirigiéndose a Dennis le dice—: Yo soy el que va a Reno.

—¿Tú?

—Sí. Tú tienes que quedarte y esperar a Chumley.

—Hum! Sí, es posible que tengas razón. Oye.

—¿Qué?

—¿Crees que ella ha ido para preparar la separación?—le pregunta temeroso Dennis a Matt.

—¡Oh, no!—le responde Matt para animarle—. Pero si tienes alguna duda, compra los periódicos de Reno.

—No se me había ocurrido.

Y dirigiéndose al mayordomo le dice:

—Ponsley, procure que yo reciba

todos los días los periódicos de Reno.

—Muy bien, señor—contesta Ponsley.

Y dejando de hacer el equipaje, hace mención de salir a comprar el diario; pero Matt le dice:

—No, no, ahora no. Primero arregle mi maleta.

—Sí, señor.

Matt dice confidencialmente a Dennis:

—Y por lo que más quieras, no digas una palabra a mi esposa.

—¿Y por qué no vamos a decir nada a Della?

—¿Que no le diga nada a Della?—dice ésta apareciendo en la habitación.

—¡Ahí tienes! ¿Has visto? Lo echas todo a perder.

—¿Qué significa?—le pregunta Dennis.

Matt, que no quiere que su esposa sepa que va en busca de Carmelita, ya que ambas no simpatizan, dice, para salir de aquel llo que se avocina:

—Que siempre echas a perder todas las pequeñas sorpresas que le preparo a mamá. ¡Lo estropeas todo!

—¿Qué sorpresa?—pregunta intrigada Della—. ¿Se trata del abrigo de pieles?

—¡Eh, eh!—exclama asustado

Matt—Verás si tengo suerte... Sí, eso es... Es algo así como un abrigo de pieles.

—¿Pero qué dice así tengo suerte?—le interroga extrañada su esposa.

—Quiero decir si tengo la suerte de echarle la mano a un ante—responde Matt, quien no sabe de qué manera justificar su marcha.

—¿Un ante?

—Sí, ya sabes lo que es un ante. Dennis y yo pensábamos ir a la caza del ante a Kansas.

—¿Al Canadá?

—«Cansodás. Es que le doy acento francés. Sí, sí, tengo entendido que ésta es la mejor época para la caza de estos animales. Desde luego. Dennis no puede ir ahora porque tiene a lord Epping en su casa. Yo había pensado ir para cazar, aunque sólo fuese un ante, pero lo ha estropeado. Ya no hay sorpresa.

La sorpresa ha desaparecido. Además, la espontaneidad ha volado, ya no tendría gracia. Resultaría como una comida sin condimentos.

Se dirige a Ponsley y le dice:

—Destaga mi maleta; ya no es necesaria.

—Matt, no te pierdas esa diversión. Voto en seguida—dice ella.

—No, no, no quiero irme porque ya lo sabes todo. Ya no habría sorpresa ahora. No sé por qué... no sé por qué. ¿Crees que debo irme?

—Insisto—le dice Della, que ha creído todo aquel embuste.

—Muy bien—dice Matt cogiendo su maleta—Adiós, querida.

—Matthew—le llama su esposa.

—¿Qué?

—Si no puedes cazar un ante... no estaría mal un visón.

Matt mira a Dennis con cierto enfado y le dice:

—Cuando yo te diga que lo has echado todo a perder.

RENO

CARMELITA llega al aeropuerto contenta, porque espera la llegada de Dennis y cree haber triunfado, mas su sorpresa no tiene límites al encontrarse con que quien llega es Matt, sin embargo no puede por menos de alegrarse también.

—Tío Matt, qué alegría, cuánto me alegro de verte.

—También yo me alegro de verte... Deja que te diga que has demostrado tener muy poco juicio marchándote de casa de esa modo. Debería ponerte en mis rodillas y darte unos buenos azotes.

—Preferiría que fuera Dennis quien lo hiciera. ¿Por qué no ha venido?

—El hubiera querido venir, pero no ha podido. La verdad es que te

echa mucho de menos y no puede dejar a lord Epping hasta que haya conseguido que firme el contrato, y por esa me ha mandado a mi a buscarte para llevarte a casa.

—¿De veras?—le interroga contenta Carmelita.

—Sí. Oye, te aconsejo que no le digas nada respecto a separación. Esas discusiones llevan las cosas muy lejos.

—¡Pero si yo no quiero la separación! Sólo quiero hacerle creer que voy a separarme.

—Pues procura que no crea que has pensado siquiera hacérselo creer.

—Como quieras—dice convencida Carmelita—. Vámonos. Primero pasaremos por el hotel para recoger mis maletas.

—Está bien, vamos.

Suben en un taxi y Carmelita dice al chofer la dirección del hotel.

—Rápido—le ordena Matt.

Skinner ha llegado a Reno y se hospeda en el Hotel Beldorado. En este momento espera una conferencia con Nueva York para ponerse en contacto con su socio. La telefonista le avisa:

—Su conferencia con Nueva York.

—Gracias. Oye, Brown, soy Skinner. He buscado por todos los hoteles que hay en Reno y no he podido encontrar a lord Epping en ninguno de ellos. ¿No crees que nos han hecho alguna jugada?

En este momento llegan al hotel Carmelita y Matt, el cual oye lo que Skinner está hablando con su socio. Matt pregunta a su sobrina:

—¿Qué número tiene tu habitación?

—El 107... ¿Por qué?

—Sube y arregla las maletas. Yo iré luego.

—Muy bien, muy bien.

Carmelita sube a su habitación. Skinner continúa hablando con su socio por teléfono.

—Estoy de acuerdo contigo, me parece que hay algo que no está claro en este asunto. Voy a tomar el próximo avión que salga para Nueva York. Me figuro que lord Epping estará todavía allí... No veo razón

alguna para que me quede aquí. No hay nadie en Reno que haya oído hablar de lord Epping... Tal vez cambió sus planes.

Matt tiene de pronto una gran idea; trata de ponerla en práctica, para lo cual cambia su sombrero con el de un señor que apaciblemente duerme sobre una butaca del vestíbulo del hotel. Con el bombín y un gesto apropiado parece un perfecto mayordomo. Acercándose al mostrador dice al empleado del mismo:

—Usted perdona, ¿podría darme las llaves de las habitaciones de lord Epping?—y lo dice lo suficiente alto para que le siga Skinner.

—¿Lord Epping? —pregunta extrañado el conserje.

—Sí—responde él sin inmutarse.

Skinner ha oído el nombre de lord Epping y dice a su socio:

—Un momento, Brown, no te retires. Y si no, no esperes, ya te llamaré más tarde.

No hay habitaciones reservadas para este señor—contesta el conserje a Matt.

—Pues me extraña mucho, yo mismo telegraficé...

—¿Usted no será lord Epping, verdad?—le pregunta el conserje.

—¡Oh, no, evidentemente, no! Yo soy Higgins, su mayordomo.

—Puedo darle el departamento número 104.

## UNA MUJER EN DIABLA DA

—Muy bien, gracias.

—No hay de qué—contesta afectuoso el empleado.

No bien se ha retirado unos pasos del mostrador Matt, cuando se acerca Skinner y le pregunta:

—Perdone, me pareció oírle nombrar a lord Epping. ¿Sabe cuándo volverá?

—Es algo difícil decirlo... Y en cuanto a entrevistas, tiene citadas a muchísimas personas.

—Por aquí, señor.— El botones del ascensor le indica a Matt dónde se halla.

—¿Pero usted supone que llegará hoy?—insiste Skinner.

—Lo mismo puedo decirle que sí, como puedo decirle que no... es muy difícil asegurarlo.

—¿Pero es cosa segura que vendrá?

—¡Oh!, sí, él vendrá aquí.

—Gracias—dice Skinner, y vuelve al mostrador donde está la telefonista.

—Señorita, haga el favor de llamar otra vez a ese número de Nueva York. Hablaré desde mi habitación.

El conserje se aproxima a un reportero y le dice.

—Oye, Harry.

—¡¡Qué!!

—Tengo una noticia fresca para ti. Lord Epping vendrá hoy a este hotel.

—¿Lord Epping? ¿Te refieres al dueño de la famosa destilería inglesa?

—Sí—afirma el conserje.

—Oye, Jenie—dice el reportero a la telefonista—, ponme con el periodista.

Skinner habla por teléfono desde su habitación con su socio Brown.

—¿Quién? ¡Oh, hola, Brown...! Oye, todo va muy bien, Epping vendrá aquí. Su mayordomo acaba de llegar.

—¿Su mayordomo...? A Epping no le acompañaba ningún mayordomo cuando desembarcó— le hace observar Brown.

—Oyes, tienes razón... ahora lo recuerdo. Tal vez será mejor que haga antes algunas comprobaciones. Volveré a llamarte si el asunto no anda bien. Adiós.

En una habitación próxima adonde está Skinner, Matt y Carmelita preparan sus maletas para marchar.

—Date prisa Carmelita, vamos a perder el avión.

—Bla...bla... bla. Siempre hablando.

—Te esperaré abajo—dice Matt, que está impaciente por irse del hotel.

—Muy bien, iré en seguida.

Matt sale de la habitación y se encuentra en el pasillo con Skinner.

—¡Hola! ¿Qué tal, señor Higgins?

—Hola. Debo haberme equivocado de habitación; había una señorita en ella—se justifica el falso mayordomo.

—¡Oh!—responde irónico Skinner, quien empieza a encontrar raro todo aquello.—Sí, vamos a ver, cuál es el número del departamento de su señorita.

—El 104—le dice Skinner.

—El 104 debe estar aquí.

—No, no; está allí, allí abajo.

Skinner le señala el lugar donde está la habitación.

—Está cerrada—dice Matt a Skinner.

—Hay que bajar a buscar la llave—añade.

—No hace falta.

—¿Que no hace falta?... ¡Oh!, no me haga reír. Como voy a entrar en la habitación si está cerrada.

En aquel momento la puerta se abre y aparece en ella un botones.

—Usted perdone. Lo siento mucho—dice Matt a Skinner sin saber cómo justificar la situación.

—¿Cuánto tiempo lleva usted con lord Epping?—le pregunta éste a Matt.

—¡Oh, no recuerdo el número de años, señor!

Skinner quiere indagar más acerca del supuesto mayordomo y le dice

—Yo no le vi a usted con lord Epping cuando él desembarcó.

—Pues me extraña. Tampoco le vi yo a usted. ¿Dónde estaba?—pregunta Matt a Skinner.

—Estaba... entre el público—responde éste.

—Ahí tiene, por eso yo no le vi... —y cambiando de conversación añade— ¿Quién diré a su excelencia que ha estado aquí?

—Skinner.

—Skinner, señor; en cuanto él llegue le diré que el señor Skinner ha estado aquí.

Matt quiere terminar aquella conversación, pero Skinner, que está cada vez más receloso, dice:

—Creo que voy a sentarme y esperaré a que llegue. ¿No le molesta, verdad?

—No, no me molesta. Pero... me temo que tendrá que esperar mucho rato, señor... Como le he dicho antes, no se puede confiar mucho en su señorita.

—No tengo otra cosa que hacer—responde el visitante, que está decidido a esperar la llegada de lord Epping en su habitación.

—Ah, bien... pues en tal caso haga lo que le parezca.

Matt sale de la habitación. En el pasillo se encuentra a Carmelita.

—¡Phs, ven acá, ven acá!

Carmelita se acerca.

—¿No empieces a hacerme preguntas!

—Pero, ¿qué sucede? ¿Porque haces esto? ¿Qué te ocurre?—exclama Carmelita, viendo el nerviosismo de su tío—. ¿Dónde están mis maletas?

—Que vayan a paseo tus maletas. Estoy muy preocupado con ese individuo llamado Skinner. Está sentado en la habitación, esperando que venga lord Epping.

—¿Y qué? —dice, indiferente, Carmelita.

—¿Y qué? Escucha. Si lord Epping no se presenta muy pronto, Skinner comprenderá que ha sido un engaño y regresará inmediatamente a Nueva York.

—Pues déjalo que vuelva en seguida a Nueva York.

—No debe volver ahora a Nueva York. Si lo hace y se pone en contacto con lord Epping... entonces Dennis quedará fastidiado.

—¡Oh, oh! —exclama asustada Carmelita, que ahora comprende todo—. Entonces es preciso que lord Epping venga aquí.

—Ya lo sé; ¿pero cómo quieres que lo haga?

—Ya sé cómo arreglarlo—dice Carmelita—. ¿No me dijiste que habías imitado tan bien la voz de lord Epping por teléfono en Nueva York,

y que habías engañado con ello a ese mismo señor Skinner?

—Sí, es cierto—afirma Matt.

—Pues ahora vas a imitar a lord Epping... otra vez... ya me entiendes... con aquella cara de cabra—Carmelita le da a entender que tiene que suplantar la personalidad—y retendremos al señor Skinner aquí.

—Ya sé, ¿pero cómo quieres que lo haga?

—Pues con unos bigotes, una peluca y unas antiparras. ¿No comprendes lo que quiero decir?

Matt, que se da cuenta, exclama asustado.

—¡Oh!, entonces pretendes que yo... yo... ¡Oh, no, eso no!

—¡Oh!, sí, sí—insiste ella.

—No, eso no lo hago. Eso no lo hago yo.

—Debes hacer lo que te digo.

—Eso sí que no, de ninguna manera.

—Lo vas a hacer ahora mismo. Tenemos que salvar a Dennis.

—Te has vuelto loco. Yo no puedo hacer eso.

—Ya lo creo que puedes... Yo te lo demostraré.

\*\*\*

Entretanto en la residencia de Nueva York no ha habido ninguna novedad. Ponsley trata de seguir

engañando al viejo lord para evitar que éste pueda marcharse.

—Siento darle un disgusto, señor, pero los encargados del equipaje parece que no pueden encontrarlo por ninguna parte. ¿Recuerda usted haberlo enviado a bordo del vapor?

—Pues... ahora me ha hecho usted entrar en duda—dice lord Epping—; pero aun así. ¿qué me dice de aquel traje que llevaron a la tintorería?

—Se lo están buscando, señor.

—¿Buscando?—pregunta extrañado lord Epping.

—Sí, señor. Después de un incendio... las cosas se carbonizan y ya sabe usted...

—Sí, se ponen negras. ¡Eh!, ¿Incendio?—dice lord Epping, que no se había dado cuenta de las palabras de Ponsley.

—No se alarme, señor. Lo apagaron.

—Felicito a los bomberos. Pero con todo esto yo no puedo hacer nada... Tengo asuntos importantes que atender... No puedo ir por ahí de esta manera; usted ya me comprende... Debe hacerse algo inmediatamente.

—Opino lo mismo, señor—responde Ponsley.

—Y estoy por decir que se haga con presteza.

—¿Por qué no lo dice, señor?

—Lo diré.

—Gracias, señor.

—Buenos días.

—Buenos días, señor.

El mayordomo sale de la habitación de lord Epping, y éste comenta en voz alta:

—Es un hombre muy extraño ese Ponsley.

Lord Epping se dispone a beber un vaso de whisky, cuando oye golpear al encargado de limpiar los cristales de las ventanas, y le llama.

—Hola amigo—saluda lord Epping.

—Hace un poco de frío, ¿verdad?

—Si he de decirle la verdad, no me he enterado—dice lord Epping— He estado encerrado durante una semana.

—¿Cómo, y sin ropa?

Fijándose en las botellas que lord Epping tiene en la mano le pregunta:

—¿Qué bebe usted?

—Whisky «Parliament»... ¿Quiere usted echar un trago?

—Por qué no—contesta aquel hombre, quien parece estar siempre dispuesto a beber.

—Entre, me acompañaré—invita lord Epping.

El hombre pasa a la habitación y ambos se ponen a beber. Lord Ep-

# UNA MUJER EN DIABLA DA

ping viendo el estado de embriaguez en que se halla su invitado a los pocos momentos, se le ocurre una idea. Ponerse su traje, y, poco después, vestido con aquel uniforme de la limpieza, baja lord Epping al salón.

—¿Oiga usted, se puede saber de dónde viene?—le interroga asustado Ponsley.

—Lo que tiene verdadera importancia no es saber de dónde vengo,

sino adónde voy—dice lord Epping, dirigiéndose a la puerta.

—Usted no puede hacer eso—dice Ponsley.

—No, pero estoy dispuesto a hacerlo.

—Pero excelencia—suplica Ponsley.

—Menos excelencia y más obediencia—dice lord Epping, al tiempo de salir del domicilio de los Lindsay.

## EL FALSO LORD EPPING

CUANDO el viejo lord se encontró fuera de la casa, tomó un taxi con intención de ir a visitar a Skinner, mas como no recordaba bien la dirección de éste, llevaba largo rato de una casa a otra sin conseguir localizar la verdadera.

El chofer del taxi, escamado por la desorientación del viejo y temeroso de que éste no pueda pagar la elevada suma del largo recorrido, pues cree que es un simple limpia-cristales, le dice, resuelto a no seguir más adelante:

—Un momento, un momento. Son ochenta y cinco centavos.

—Bien, ya se lo pagaré luego.

—¿Oiga, se propone usted tomarme el pelo?

—El pelo ¡Qué ordinario! Espere

un momento—dice lord Epping, que cree haber hallado al fin la casa.

—Esperaré, pero no aquí—contesta el chofer.

Y le sigue, atravesando el vestíbulo y llegando al departamento de Brown y Skinner, siempre en pos del viejo aristócrata, el cual se acerca a la empleada y le pregunta:

—¿Está el señor Skinner?

—No. ¿Qué quiere usted?

—Permitame que le diga que eso no le importa señorita. ¡Caramba! ¿Cuándo estará en casa?

—¡Ahora soy yo la que le dice que no le importa?

—¿Qué fresca, eh?—comenta el chofer.

—Está en Reno—aclara ella.

—¿Reno? ¿Y cuál es el camino para ir a Reno?

—¿Cuál le parece que será?—responde ella con ironía, y añade en el mismo tono—. Salga por la ventana y doble a la mano izquierda.

Lord Epping obedece esta indicación como si fuese una orden y se dirige hacia la ventana, mas de pronto se da cuenta que la muchacha se está burlando de él.

—¡Oh!... ¡Eh!... pero... niga señorita... ¿Está tratando de burlarse de mí?—interroga el viejo encolerizado.

—Oiga, deje ese tono aristocrático para otra ocasión. Puede usted usarlo con el portero, hijito—observa la chica, mirando el traje que éste lleva y romándole por un simple empleado.

—¿Hijito? Sepa usted que soy lo bastante viejo para poder ser su abuelo—grita el aristócrata al marcharse.

\* \* \*

Mientras tanto Carmelita trata de convencer a Matt para que suplante a lord Epping. Se dirigen en coche hacia el hotel y le anima para que represente su papel con valor.

—Debemos representar el papel con valentía.

—¿Con valentía? Ya veremos qué quiere decir «debemos». Yo soy el único que irá a parar a la cárcel

si sospechan—contesta él, que no las tiene todas consigo.

—¿Pero quién crees que va a sospechar? El señor Skinner es el único a quien tienes que ver.

—Ya está—dice Matt una vez caracterizado con la peluca y los bigotes, idénticos a los de lord Epping.

—Ahora déjame que te oiga hablar.

—Ya estoy hablando.

—Igual que «cara de cabra»; quiero decir lord Epping.

—Lord Epping. ¡Oh, quieres decir!... «Oiga no es Cricket, amigo»—dice Matt imitando la voz del viejo.

—¡Maravilloso, tío Matt! Si no supiera que tú no eres lord Epping diría que lo eras... Si tú no fueses el tío Matt. ¿Entendido?

—Es posible que lo entienda cuando me entere de que estás hablando. ¿Oye, que estará haciendo toda esa gente en el hotel?—dice señalando a una gran multitud de personas, que congregadas a la entrada del hotel, parecen esperar a alguien.

—Es verdad. ¿Lo sabe usted, chofer?

—Sí, se espera hoy la llegada de un tío muy importante en esta ciudad.

—Muy bien, chofer; pare usted más allá de donde está la gente.

—Bien, señora.

—Así podremos entrar sin que nos vean a nosotros—aclara Carmelita.

Pero, al salir del coche un funcionario les descubre, y viendo a Matt que aún va caracterizado de lord Epping le toma por éste.

—Me hace el favor. ¡Aquí está amigos!—grita dirigiéndose a los demás.

—Permitame, permitame presentarle... la llave de la ciudad—le dice otro entregándole una enorme llave y ensartándole un discurso en el que habla de los festejos que van a celebrarse en su honor.

Entretanto Denis, que ha llegado a su casa, es recibido por Ponsby, el mayordomo, que le comunica el paradero del viejo aristócrata.

—Señor Lindsay, desno comunicarle que he descubierto el paradero de lord Epping.

—¿De veras, en dónde está?—pregunta éste, que le ha buscado por todas partes.

—En Reno, señor—contesta el mayordomo mostrándole un periódico de allí—. Confío en que usted no considerará necesario prescindir de mis servicios.

—Ponsby, prepare mis maletas y resérveme un pasaje en el próximo avión para Reno.

—Sí, señor.

—Dos pasajes, reserve dos pasajes Ponsby—dice Della apareciendo de pronto.

—Pero tía Della.

—Me niego en absoluto a que me dejéis y os vayáis todos de Nueva York.

Entretanto lord Epping y el taxista continúan dando vueltas por la ciudad, pues si bien es cierto que han encontrado la casa de Skinner, con la que no consiguen dar ahora es con la de los Lindsay.

—Oiga, hemos mirado en el 93 de la calle 30, y resulta ser una tienda de perros.

—¿Sí?

—Usted dijo que no era allí donde vivía, pero yo lo dudo.

—Oiga, usted podría ahorrarse tanto descaro.

—¿Ha probado usted todos los números que le he dado?

—Sí, he probado todos menos el 30 de la calle 93.

—Treinta de la calle... 30 de la calle 93... ¡Claro que sí es ése!

—¡Que tenga buen viaje! ¡Adiós, señora!—se despide Ponsby entretanto de Dennis y su tía.

Y Dennis y Della salen para Reno en el avión de la tarde, donde esperan reunirse con Carmelita.

Cuando ellos penetran en uno de los ascensores para descender, en otro suben Chumley, el secretario

de lord Epping, y la esposa del viejo aristócrata, señora marianita y cargada de prejuicios.

—¡Al fin hemos llegado, señora Epping!

—Sí, es cierto y me alegro, Chumley, y me alegro mucho de ello. Ha sido un viaje horripilante, ¿no le parece?

—¿Está en casa el señor Lindsay?  
—pregunta Chumley al mayordomo.

—El señor y la señora Lindsay acaban de salir para Reno, señor.

—¿Cómo? ¿De veras? ¿Y lord Epping, vive aquí?

—Vivía, señor.

—¿Vivía?

—Sí, pero también se fué a Reno.

—¿Es increíble, está usted seguro?

—Todo lo que sé lo leo en los periódicos, señora—contesta Ponsby, mientras la enseña un periódico de aquella ciudad, en el que aparece lord Epping, que no es otro que Matt, rodeado de bellas muchachas.

—¡Bah! ¡Qué vergüenza!—exclama ella despechada.

—Bien, sólo podemos hacer una cosa, señora Epping. Tenemos que ir a Reno.

—Perdone, señor, ¿ha dicho usted señora Epping?

—Sí, Es la esposa de lord Epping.

—Entonces tal vez no debiera ha-

berles enseñado esto—dice Ponsby mostrando el periódico.

—Sí, hubiese sido mejor—contesta Chumley.

Y mientras salen del piso y toman el ascensor, el secretario de lord Epping dice a la esposa del viejo aristócrata.

—Fué una verdadera lástima que lord Epping llegase aquí antes que yo, tenía que sucederse lo que ha sucedido.

Entretanto lord Epping y el taxista siguen buscando la casa de los Lindsay, y por fin aquél cree haberla hallado.

—Sí, sí; estoy seguro de que es aquí.

—Ha dicho lo mismo en las seis casas que hemos estado. Ahora permitame que le diga una cosa.

—¿Qué?

—Ni siquiera creo que sea usted lord Epping.

—Bien; si duda usted de la veracidad de mis palabras, pronto sabrá que yo soy lord Epping y que aquí es donde estaba encerrado.

—Ya suponía yo que había estado encerrado antes y volverá a estarlo de nuevo si no me sacude la pasta muy pronto.

El viejo lord llamó a la puerta. Al verle, Ponsby creyó que estaba soñando.

—¿Cómo usted por aquí, lord Epping?

—¿Cómo? ¡No sé cómo, pero estoy aquí!

—Pase usted y tendrá su dinero—dice dirigiéndose al chofer.

—Oiga Ponsby ando algo corto de dinero. ¿Dónde está el señor Lindsay?

—El señor Matthew Lindsay marchó a Reno, señor.

—No, no; el señor Dennis Lindsay.

—¿Oh, el señor Dennis Lindsay también está en Reno, señor?

—¿En Reno? Bien. ¿Está la señora Lindsay?

—No, señor, ella también se fué a Reno.

—¿A Reno? Es un sitio muy popular ese. ¿no cree? Skinner se va a Reno, los Lindsay también a Reno.

—¿Oh! Ha estado aquí un tal señor Chumley preguntando por usted.

—¡Chumley... mi querido Chumley... bravo! Ahora es cuando cobrará usted—dice dirigiéndose al chofer.

—¿Dónde está Chumley?

—También ellos han ido a Reno, señor.

—¡Ah, sí! Ellos, ¿qué quiere decir «ellos»?

—El señor Chumley y la señora Epping, señor.

—¿La señora Epping... Ada?

—Yo no la he preguntado su nombre, señor; pero ella también se ha ido a Reno.

—Pero eso es verdaderamente extraordinario. Ponsby.

—Así lo creo, señor... especialmente estando usted allí, señor.

Dice el mayordomo que no comprende cómo pueden haber sacado aquellas fotografías del periódico de Reno a lord Epping si éste no se ha movido de Nueva York. Ponsby no sospecha ni remotamente que Matt es el que ha suplantado al viejo Lord.

—¿Que yo estoy allí? Ya, yo estoy allí. ¿Entonces, qué estoy haciendo aquí?

—Véalo usted si así lo desea, señor.

—Bueno, no lo dudo, yo estoy allí—dice lord Epping, que no entiende ni palabra.

—¡Y mi equipaje también está en Reno?

—No, señor, llegó poco después de salir usted.

—¡Magnífico! ¿Quiere usted sacar mis trajes?

—En seguida, señor.

—¡Gracias, gracias! — exclama lord Epping, dirigiéndose hacia arriba, pero es detenido por el chofer del taxi que le dice:

UNA MUJER ENDIABLADA



—Me parece una idea estupenda— dijo lord Epping.



—Cuando pierdo es Dennis casado con esta niña, no acierto a decir palabra— dijo Della.



—¿Verdad que sí, amorcito?



—Lo mejor será que cambies de detención— le hizo observar Del'a.



—No lo hagas, por fa-  
vor, no lo hagas.

—Rojo de labios—le di-  
ce Carmelita a su esposo.



— Es un absurdo, mi querido amigo. — dice Skinner



— Entonces, no tengo ningún traje.



—Vamos antes que ella  
despierte—le dice Carme-  
lita.



—Muy bien, chofer, pa-  
re usted más allá de donde  
está la gente—le dijo Matt.



—Pero ¿qué te pasa, pretendes traicionarme?



—La escribiré una carta en términos duros—dijo a Carmelita lord Epling entusiasmado.

UNA MUJER ENDIABLADA



—¡Caramba! qué hermoso ejemplar!



—Entre, métase en la cama—le aconseja el detective del hotel!



—Buenas noches, tío,



—Sí, demasiado ocupado— dice irónicamente Carmelita.



## EL SEGUNDO LORD EPPING

La esposa del verdadero lord Epping llega al Hotel Beldorado, acompañada de Chumley, abogado y secretario de lord Epping. Se dirigen al conserje y preguntan:

—Lord Epping se inscribió antes, tengo entendido.

—Sí, señor Chumley. Tiene la habitación 104, pero no creo que esté allí ahora—contesta el conserje.

—El viaje ha sido sencillamente horrible—dice Ada, esposa de lord Epping—. Subiré a la habitación y tomaré un baño.

—Muy bien—afirma Chumley.

La señora Epping, acompañada por el botones, se dirige a su habitación. Chumley dice al conserje:

—¿Quiere hacer el favor de avisar a lord Epping?

—Sí, señor.

El conserje llama a un botones y le dice:

—El señor Chumley desea ver a lord Epping.

El botones se acerca a la terraza y notifica a lord Epping:

—El señor Chumley está en el vestíbulo esperándole, señor.

—¿El señor Chumley?—pregunta sorprendido Matt, quien por primera vez oye ese nombre.

—Sí, señor. El señor Chumley.

—El señor Chumley... Oh, el señor Chumley... gracias, gracias.

—Perdone usted, señor—dice Matt a Carmelita; y luego, casi al

oído, la dice en voz baja—: Ni siquiera sé la cara que tiene.

—Ni yo tampoco—le contesta Carmelita.

El supuesto lord Epping, acompañado del botones, va hacia el vestíbulo, y en cuanto se ha separado del grupo pregunta, dudoso, al botones:

—¿Estás seguro de que es el señor Chumley?

—Sí, señor, le espera en el vestíbulo.

—Gracias—contesta Matt, y se aleja en dirección contraria al vestíbulo.

—El vestíbulo está allí, señor—le señala el botones.

—Ah, sí; qué tonto soy—y para justificarse le dice—: Como usted ya debe saber, en Inglaterra llevamos la izquierda en la calle...

—Es por aquí, haga el favor.

—Ah, sí, no veo muy claro... ¿Dónde está?

—Allí, junto al mostrador. Es el caballero que lleva traje oscuro.

—Hum, gracias—exclama Matt, quien ve dos señores junto al mostrador vestidos del mismo color. Se dirige al que está más próximo y le saluda, dándole la mano—: Hola, mi querido Chumley; bien... bien.

—Usted perdone...—le hace observar el joven, viendo la confusión de Matt.

—Lord Epping—llama Chumley.

—Sulte usted mi mano—dice Matt, enfadado con el joven—. Cómo se atreve... aquí todo el mundo se empeña en darme la bienvenida—volviéndose a Chumley le dice—: Tiene usted aspecto inmejorable. ¿Qué tal está?

—¿Ha sido usted objeto de muchos agasajos?

—Sí, no me dejan en paz un momento... y estoy deseando perder de vista a toda esta gente—dice Matt sinceramente, porque tan sólo él sabe lo mucho que teme que descubran su personalidad.

—¿Pero qué está usted diciendo?—le pregunta, extrañado, Chumley.

—Huy—le dice por toda respuesta Matt, quien se da cuenta de que ha cometido una tontería al exteriorizar su pensamiento.

—¿Qué es lo que le ha traído a usted aquí?

—¿Pero si usted me ha llamado, no es eso?—le advirtió Chumley.

La llegada de Dennis adonde ellos se hallaban pone término a aquella conversación.

—Hola, Chumley—saluda Dennis.

—Encantado de verle—le responde Chumley, fraternalmente.

—Perdone—dice Dennis a Matt.

—Le ruego, lord Epping, me devuelva la copia del contrato que le di.

—La tengo en mi habitación, ¿por qué?

—Puesto que ha decidido no renovarlo, no creo que le sirva para nada.

—Sí, sí—le responde Matt, que no sabe cómo salir de aquel nuevo embrollo que se avecina.

—¿Que no quiere renovarlo? ¿Le ha dicho que no quiere renovar el contrato?—pregunta Chumley a Dennis.

—No hace ni cinco minutos que lo dijo. Es una lástima—dice Dennis.

Matt aprovecha el momento para irse de allí, y se dirige a su habitación.

Chumley, que ve que aquella idea de no ratificar el contrato con Dennis no está bien, dice sorprendido:

—Es un absurdo... mi querido amigo, es algo descabellado. Algunas veces me figuro que lord Epping está... cómo diría yo... chiflado. No se apure, Dennis, confíe en mí, trataré el asunto en favor suyo.

—Se lo agradeceré de veras, Chumley—. Señalando la terraza le dice—: ¿Por qué no salimos ahí fuera y hablaremos de ello?

—Es una excelente idea—dice Chumley, y los dos salen a la terraza.

El falso lord Epping llega a su habitación y entra en ella corriendo.

—Hola, cariño. Estaré dentro de un minuto—dice lady Ada Whithers, esposa del auténtico lord Epping.

—Bien—responde Matt, distraído; pero al instante se da cuenta de lo que sucede y sale de la habitación, asustado. En el pasillo tropieza con el detective del hotel, quien le pregunta:

—¿Le ocurre algo malo, lord Epping?

—Yo creo que sí. ¿Quién es usted?

—Soy el detective del hotel.

—Lo que ocurre es que se ha metido una mujer en mi habitación—dice Matt, que no conoce a la esposa del verdadero lord Epping.

—¿Una desconocida?—interroga el detective.

—Bueno, tal vez no sea desconocida, pues me trata muy familiarmente.

—Pero, ¿usted no la conoce?

—No la he visto jamás en mi vida. Ocurren cosas muy raras en este hotel—dice Matt.

—Sí, estos incidentes acostumbra a ocurrir. Voy a echarla de la habitación.

—Sí, hágalo.

Entra el detective en la habitación de Matt y dice a lady Whitters:

—¿Qué está usted haciendo aquí? Máchese.

—¿Cómo dice usted?—pregunta lady Epping, extrañada.

—Ya me ha entendido: No pretenda explicarme ningún cuento, hermana.

—¿Hermana?... Me parece que sufre usted un error. Yo soy la señora Epping.

—Claro, claro, es lo que hacen todas.

—Vamos, daré cuenta de su proceder a la gerencia—dice la señora Epping al detective.

—Ha tenido una magnífica idea. Iremos los dos a saludar al gerente. ¡Vamos!...

El detective la coge por un brazo y se la lleva consigo.

—Jamás me había ocurrido—dice lady Whitters con énfasis

## LA LLEGADA DE LORD EPPING

El auténtico lord Epping llegaba en aquel momento a Reno.

—Bueno, ya hemos llegado, lord Epping, estamos en Reno—dice el chofer del taxi.

—¿Ah, sí? No sé por qué me parece que no fué usted por el camino más corto.

—No importa lo que le parezca. Lo que debe hacer es sacudirme seiscientos ochenta y cinco pavos.

—¿Pavos, pavos? — pregunta extrañado lord Epping.

—Sí, pavos—afirma el chofer del taxi.

—¿Cuánto es en libras esterlinas?

—No lo sé. No cobramos por el peso. Cobramos un tanto por kilómetro... y siguen siendo seiscientos ochenta y cinco dólares.

—¡Ah, dólares! — exclama lord Epping al comprender lo que quiere decir el chofer—. Sí, sí. Bueno, tengo que hacer efectivo un cheque. Venga usted conmigo.

—¡Como si fuese un sabueso!... No trate de escaparse.

El auténtico lord Epping y el chofer entran en el hotel. En aquel momento lady Whiter's llega a la gerencia y ve a su esposo.

—Basil—le llama.

—Pero, Ada, ¿se puede saber qué estás haciendo aquí?

—No me dirijas la palabra—responde, enfadada.

Lord Epping, al ver a su esposa en salto de cama, le dice molesto:

—Pero no andés de un lado a otro

del hotel como si estuvieras en tu propia casa.

—¿Cómo te has atrevido a decirle a este monstruo que no soy tu esposa?

—¿Qué? Yo no he visto a este individuo en toda mi vida—le contesta lord Epping.

—¿No acaba usted de decirme que echara fuera de su habitación a esta mujer?—le pregunta el detective del hotel, extrañado.

—¿Quién, yo a usted?

—Sí, usted a mí... ¿Es su esposa o no es su esposa?

—Claro que es mi esposa.

—Naturalmente que lo soy—dice con énfasis lady Whitters—. Lo que no he sido nunca es la hermana idiota de usted...

Dirigiéndose a su esposo le dice:

—Quisiera saber algo más de todo esto... Vamos, Basil.

Lord Epping se va con su esposa, pero el chofer le llama:

—Basil, ¿qué hay de mis pavos?

—Sí, sí, claro, perdone. Oiga usted, joven—dice al conserje—, soy lord Epping.

—Sí, ya lo sé—le responde el conserje.

—¿Puede usted hacerme efectivo un cheque?

—Sí, señor. ¿De cuánto?

—Pues de unos mil dólares.

—No tengo esta cantidad aquí mismo, pero iré a retirarla de la caja de caudales.

—Es usted muy amable, gracias.

—Tardaré unos minutos, señor—le advierte el conserje.

—Esperaré—contesta lord Epping.

—También yo—dice el chofer desconfiado.

—Bien, usted espere aquí... Yo iré a echar un trago.

—Por la cara que pone su esposa me parece que va usted a pasar muy mal trago.

En la terraza están conversando Dennis y Chumley.

—Después de todo—le dice éste—no debe tomar nunca seriamente nada de lo que haga Epping; el caso es que se marchó una semana antes...

—Tome usted, Chumley, aquí está el contrato ese.

—Sabe usted muy bien que yo siempre me cuido de estos asuntos y creo que las condiciones ofrecidas son muy aceptables.

En este momento llega Matt, el falso lord Epping; quien al oír las últimas palabras de Chumley le responde:

—A mí me pareció que no lo eran.

—Debía usted haber consultado el caso conmigo.

—Lo siento—se justifica Matt.

—No importa—dice Chumley—

Ya le avisaré cuando esté listo para la firma.

—¿Quiere decir...—exclama temeroso Matt—firmarlo?

—Sí, claro—responde Chumley.

—Sí. Bien, déje el asunto enteramente en manos de usted, entonces, y cuando llegue usted a la conclusión de lo que quiere hacer, llévemelo a la firma.

—Gracias—le responde Chumley.

Matt se aleja rápidamente de allí, por temor a que le hagan firmar en aquel momento. Al salir de la terraza, pasa junto al chofer, quien lo llama:

—¡Oiga!

—¿Qué pasa?

—Que yo no quiero estar aquí toda la noche.

—Pues vaya usted donde le dé la gana, a mí qué me importa.

En este momento llega el conserje con el dinero y le dice:

—Lord Epping.

—¿Qué hay?—responde Matt.

—Siento haber tardado tanto—se justifica el conserje.

—Ah, ¿es que ha tardado usted?

—le pregunta Matt, que no sabe la llegada del auténtico lord Epping.

—Quiero mis leandras—le dice el chofer del taxi.

—¿Leandras?

—Sí, mis leandras, y un poco de prisa—le dice el chofer, quien empieza a perder la paciencia.

—¿Quiere que se lo dé?...—le pregunta el conserje, que tiene el dinero en la mano.

—Déselo usted—le responde el falso lord Epping, indiferente.

—¿Todo?

—¿Por qué no?

—Es usted muy generoso—le dice el chofer, cogiendo el dinero.

—Ni mencionarlo...

—Guardaré el secreto—dice el chofer confidencial al tiempo de irse.

—¿Qué secreto?—pregunta intrigado Matt; pero no recibe contestación porque el chofer ha salido del hotel. Chumley y Dennis se acercan a Matt.

—Lord Epping—llama Chumley.

—¿Qué?

—Creo que las condiciones de este contrato es todo cuanto podemos desear.

—¿Usted cree?

—Es excelente. No tiene que hacer más que firmarlo.

—Déjeme ver. Tengo que firmarlo... quisiera pensarlo—le dice Matt, que quiere ganar tiempo— Iré al bar a meditar unos minutos y le veré a usted un poco más tarde para resolverlo.

—Puede que sea una buena idea.  
Matt se dirige al bar, pero en un descuido que tienen Chumley y Dennis se va a otro sitio.

—Quiere que tomemos algo—le propone Chumley a Dennis.

—Sí, gracias—y los dos van al bar. Se sientan en el mostrador, al lado del auténtico lord Epping, que está allí bebiendo hace un rato.

—¿Qué quiere usted, Dennis?—pregunta Chumley.

—Whisky con soda.

—¿Y usted, lord Epping?—le dice con naturalidad Chumley, puesto que hace un momento que ya ha saludado a lord Epping y ha hablado con él, o al menos el secretario del viejo lord eso cree, pues ignora que existan dos lord Epping, uno el verdadero, que es quien en este momento le habla, y otro, el que ya ha visto antes Matt Lindsay. Por eso Chumley se sorprende más tarde de la actitud del viejo lord.

—Lo mismo—contesta lord Epping, y dándose cuenta de la presencia de Chumley, le saluda—¡Pero Chumley! ¿cómo está usted?

—¡Eeeeh!... — exclama asustado Chumley, porque ignora que existe un falso lord Epping.

—Hola Lindsay, estoy encantado de verle—le dice lord Epping a Dennis.

—Pues estoy muy bien, gracias. ¿Y usted?

—Oh... espléndido, espléndido, magnífico... Diga, Chumley, ¿cómo le fué a usted el viaje al venir aquí?

—Pues... — exclama Chumley, sorprendido por aquella pregunta.

—¿Malo, eh?... Oh, yo también he tenido un viaje pesadísimo... pero me parece que poco a poco me va pasando el cansancio.

—Ponga usted dos whiskys con soda—dice Chumley al camarero.

—El mio, doble—dice lord Epping.

—Bien, señor.

—Pasando al asunto del contrato...—dice Chumley.

—Ah, ¿usted? tiene un contrato?—le pregunta lord Epping.

—Naturalmente que tenemos un contrato con Lindsay.

—¿Lindsay?... Bien, me alegro, Lindsay, ¿por qué no lo firmamos y no tenemos que pensar más en ello?

—Es una idea estupenda — dice Chumley—. Vayamos a la mesa a firmarlo.

—Se aproximan a la mesa y se sientan. Lord Epping firma. En aquel momento llega Skinner y le presenta su contrato a lord Epping.

—¿Quién es usted, señor?—pregunta Chumley a Skinner.

—Sí; ¿quién es usted?—interroga lord Epping.

—Ha llegado tarde otra vez. Acabamos de cerrar el trato—dice Dennis a Skinner.

—Oiga usted, tío atontado—dice furioso Skinner a lord Epping—. ¿es que me ha estado usted tomando el pelo?

—Perdone usted, no le entiendo.

—Hará algo más que pedirme perdón cuando me meta con usted. En cuanto llegue a Nueva York voy a presentar demanda contra usted aquí y en Inglaterra. Se lo aseguro a usted como me llamo Skinner.

—Oh, es usted Skinner—le dice lord Epping.

—Calma, calma — le advierte Chumley.

—Déjeme usted a mí.— Volviéndose a Skinner, le dice—: Tengo que ajustar cuentas con usted.

—¿Que tiene que ajustar cuentas conmigo?...

—Sí; aquella secretaria que tiene en Nueva York es una persona de muy poco modales: me dijo que me

tirara por la ventana, que doblara a la izquierda y fuese a ver al portero...

—Pero yo creo que...—contesta Chumley.

—Tst, tst, tst, lo peor es que por poco lo hago.

—Lástima que no lo hiciera—dice Skinner, furioso—, y escuche usted bien: después del paseito que me he dado, le garantizo que si le encuentro de nuevo algún día le daré algo de lo cual conservará recuerdo para toda la vida... Le garantizo que se acordará de mí siempre.

Skinner se marcha de allí porque está enfadado y siente deseos de abofetearle.

—¿Ha dicho un recuerdo?... ¿Un regalo?— pregunta lord Epping a Chumley—. Eso no puede ser. Palabra de honor que no lo sé.

—Bah, bah — le contesta Chumley, que se cree que lord Epping ha cometido algunas excentricidades, tratando de dudar importancia a lo ocurrido.

LAS COSAS SE ENREDAN

MATT se dirige a su habitación; está preocupado porque piensa que si el verdadero lord Epping, Skinner o alguien descubren la suplantación que él está llevando a cabo, irá a parar a la cárcel y le pondrán de multa una fuerte suma, y además que su buen nombre quedará bastante malparado entre sus amigos y en el mundo de los negocios.

Ahora tiene pesares de haber hecho caso a aquella endiablada criatura, que tiene la culpa de que él se encuentre metido en aquel lío. Sin embargo, ahora ya no puede volverse atrás y tendrá que continuar suplantando a aquella personalidad hasta que todo acabe por solucionarse de una manera o de otra. Podría

revelarle a Dennis lo que ocurre; pero teme que éste se indigne y, llevado de su caballerosidad, se lo diga a Chumley y el secretario de lord Epping no transija con la broma.

—¡Y qué pesado es el bueno de Chumley! ¡Cómo insiste para que firme el contrato de Dennis!, que es lo que él hubiera deseado antes y en realidad por lo que ha llegado a suplantar al viejo lord Epping; pero ahora ha de evitarlo a toda costa.

Matt está sumido en estas reflexiones cuando llega a su habitación; antes de entrar en ella, encuentra a Carmelita en el pasillo, quien le dice toda emocionada.

—Eh, tío Matt, ¿has visto?... El truco dió resultado. Dennis estaba furioso cuando vió que me hacías el

amor... Estoy segura de que todo saldrá a las mil maravillas.

—Si esto es lo que tú crees...

—¿Es que ocurre algo?—pregunta Carmelita, alarmada.

—No, nada... Sólo que Chumley quiere que yo firme el contrato con el nombre de lord Epping, y tú ya sabes lo que quiere decir eso, ¿no?

—Si, ¡la cárcel!—exclama desolada Carmelita.

—Si; pero yo no tengo ganas de visitarla, y no hay duda de que si firmo el contrato... ¡En menudo lío me he metido!...

—Si, tío Matt, estás metido en un lío terrible, pero no te preocupes. ¡Ya me conoces, yo lo arreglaré!

—Si, lo arreglarás—contesta temeroso Matt—. Arreglarás mi entrada en la cárcel.

Carmelita, al oír que alguien se acerca adonde ellos están, baja por la escalera hacia el salón. Della sale de su habitación y se acerca al que cree lord Epping, y sin sospechar que es su marido, le dice amablemente:

—Lord Epping, siento que no hiciera usted el viaje con nosotros... le hemos echado mucho de menos y hemos hablado de usted durante todo el trayecto.

—Gracias, gracias. Es usted muy

amable y muy simpática, señora, se lo aseguro.

—Lord Epping, me sorprende usted.

—¿Me permite que le dé un beso?—dice Matt a su esposa.

—Si mi marido estuviese aquí le diría a usted unas cuantas cosas—le responde, ofendida por el atrevimiento del falso lord Epping.

—Ah, sí? Yo creía que estaba usted harta de él desde hace mucho tiempo.

—Déjeme decirle una cosa: puede usted seguir conduciéndose mal tanto como quiera, lord Epping—le censura Della.

—Muy bien, eso es lo que deseo; pero ¿qué dirá el bonachón de su marido?

—No se atreva usted a decir nada contra mi Mattito, es un hombre mucho mejor de lo que usted pueda ser jamás, ¡viejo verde!...

—Tut, tut, ¿yo viejo verde? Ya me lo dirá usted luego.

Matt se acerca a su mujer para abrazarla, pero Della, que cree que es lord Epping, huye a su habitación.

El verdadero lord Epping, Dennis y Chumley estudian el proyecto de ventas. Dennis expone su punto de vista mostrándoles unas notas.

—Este es el plan para la campaña de este año.

Carmelita, al pasar por el bar, ve a lord Epping y confundiéndole con su tío le dice:

—Oh, ahí está mi encanto, mi pequeño bebé... Ven acá, ven acá. ¿Cómo has llegado aquí tan aprisa?

—Pero ¿a qué viene esto?—pregunta sorprendido lord Epping.

—Si no te molesta, Carmelita... —y le hace señas de que se vaya— Estamos hablando de negocios.

—Pero yo no quiero que hables más de negocios—dice Carmelita a lord Epping— Quiero que me digas lo que vamos a hacer cuando tú y yo lleguemos a Inglaterra.

Carmelita se sienta en las rodillas de lord Epping.

—¿Hacé mucho que dura eso?—interroga Chumley a lord Epping.

—La verdad es que ni yo mismo lo sé...

Carmelita, que no se ha enterado de que aquél es el auténtico lord Epping, sigue bromeando con él.

—No me has dicho lo mucho que me quieres—le advierte Carmelita, quien su único deseo es hacer que Dennis sienta celos.

Lady Epping entra en el bar y ve a su esposo que tiene sentada a Carmelita en sus rodillas.

Lady Epping entra en el bar en este momento, y al ver a Carmelita sentada sobre las rodillas de su ma-

rido, no puede reprimir un grito de sorpresa:

—¡Apártese!—dice a Carmelita.

El viejo lord la deja caer al suelo ante la extrañeza de ésta, que no comprende lo que allí ocurre.

—Basil...—llama a su esposo lady Epping.

—Ada—responde asustado lord Epping.

—Apártese—le dice lord Epping a Carmelita.

Lady Epping, al ver a su esposo en aquella actitud en que le ha sorprendido con Carmelita, pone un gesto de extrañeza y al mismo tiempo de desilusión. Lady Epping es una aristócrata con graves prejuicios y las actitudes que de un tiempo a esta parte ve en su esposo la tienen realmente ofendida. El verdadero lord, a quien no le interesa un ápice la mujer de Dennis, trata de justificar a su esposa el proceder de Carmelita.

—Te aseguro... Escúchame, te aseguro que no sé cómo empezó todo esto.

—Sí, te creo, Basil. ¿Tienes la bondad de salir de aquí un momento?

Lord Epping la sigue y antes de salir del bar se vuelve y dice a Carmelita:

—La escribiré una carta en términos duros.

En el pasillo se acerca a su esposa y le dice:

—Escucha, Ada...

—No, basta, Basil. He sido siempre muy tolerante con tus excentricidades, pero has llevado el asunto demasiado lejos. Primero me haces expulsar de mi habitación y luego niegas haberlo hecho, y ahora tienes la destachatez de hacer eso... Basil, esta vez has conducido mi paciencia hasta el final.

—¿Conducido?... ¿conducido?... ¡Oh, caramba! ¿Qué habrá sido del chofer del taxi?...—se dice lord Epping, que se había olvidado.

—¿El chofer del taxi?—le pregunta extrañada su esposa.

—Sí... ¡Pobre hombre! Voy a buscarle ahora mismo! Tú vete a reunirme con Chumley.

—El chofer del taxi—murmura extrañada lady Epping.

Matt baja al bar y al acercarse a la mesa de Dennis, tropieza con Ada, la esposa del verdadero lord Epping y le dice duramente:

—¿No tiene ojos para ver por donde anda?

—¡Oh!—exclama asustada lady Epping, que no comprende aquel cambio de carácter tan repentino y que no logra comprender cómo habiendo dejado a su esposo junto al vestíbulo lo encuentre ahora a la

entrada del bar. Carmelita, que ve a su tío Matt hablando con la esposa del auténtico lord Epping, a quien ninguno de los dos conoce por no haberles sido presentada e ignorando la llegada de Chumley con lady Epping, le dice cariñosamente:

—Siéntate, amorcito.

Lady Epping se queda espantada al ver la actitud y desconsideración que su esposo guarda en su presencia; es inaudito; pues no hace poco tiempo que la ha hecho desalojar de su habitación, y ahora está coqueteando con aquella señora sin inmutarse por su presencia, y lo peor es el descaro con que lo hace. Carmelita, ignorando todo, la llegada de la esposa y del propio lord Epping, continúa su «flirt» con su tío Matt para dar celos a su esposo, quien ya no puede soportar aquellos amores.

La esposa de lord Epping se encuentra humillada por aquella escena, pero no por esto deja su actitud y su énfasis. Sin duda ha sufrido un fuerte desengaño, pero esto no la hace perder su personalidad; ella es inglesa, y como tal sabe comportarse hasta el último extremo.

—Basil, esto es intolerable—dice lady Epping.

—Señora, yo no sé quién pretende ser, pero si se entromete demasiado en mis asuntos, le diré que

ésta es la mujer con quien voy a casarme. ¿Verdad que sí, amorcito?— pregunta Matt a Carmelita.

—Sí, cariño. Repítelo para que se entere bien,

—Un coñac doble con soda, a to-

da marcha—pide Chumley a un camarero.

—El mio que sea triple, y más rápido aún—dice Matt, quien comprende que está metido en un gran lío.

012 2882 012

E

LIO SOBRE LIO

El verdadero lord Epping, que bajó en busca del chofer, al no encontrarlo, intenta penetrar en el bar del hotel, nuevamente, pero al ver en el vestíbulo a un policía le dice:

—Oiga, he de comunicarle que hay una mujer en el bar a quien no conozco, que me ha estado molestando de mala manera.

—Sí, sí, ya lo sé, Casanova segundo—le responde irónico el detective—. ¿Ha estado usted bebiendo?

—No mucho, cosa de medio litro.

—¿No cree que debería usted salir al jardín a tomar el aire y retirarse luego a descansar?—le aconseja el detective.

—¿Cree que debo hacerlo?

—Sin duda será lo mejor.

—Lo haré, puesto que usted lo dice.

—Adiós—se despide lord Epping dirigiéndose al jardín.

En el bar, Matt hace el amor a Carmelita delante del propio Dennis y de lady Epping, la cual no se percate que aquel no es su marido. Matt, que ignora que lord Epping esté casado, está ajeno por completo a la situación tan embarazosa en que se encuentra la esposa del auténtico lord. Chumley, comprendiendo que la actitud de Matt, a quien cree que es el verdadero lord Epping, no es correcta, le hace observar:

—Este es un asunto personal de

usted, lord Epping, y yo sólo soy el gerente de sus negocios. Pero permítame que le diga que su comportamiento en presencia de la señora Epping no es propio de un caballero.

—¿La señora Epping?—murmura espantado Matt, que se da cuenta de sus errores.

—Usted no me había dicho que ya estaba casado — le dice Carmelita.

—Vamos... no lo sabía—y dándose cuenta de su declaración, rectificó, diciendo—: Es decir, no sabía que ella vendría tan pronto aquí, ¿comprende?

—Entonces no le dijo nunca que usted era un hombre casado — le consura Chumley.

—No, ni una sola palabra acerca de ello—y volviéndose a Matt le dice—: Usted tomó mi corazón, el corazón que mi esposo no quería, y lo llevó de una parte a otra como si fuese un trasto inútil. Ha estado usted jugando con mis tristezas... ¡Cruel, malvado!...

—Sólo diré que considero este asunto una aventura desgraciada... y que ella no es más que una persona muy grosera, muy grosera—dice lady Epping.

—¿De veras?—le pregunta Carmelita, imitando la voz y los ademanes de lady Epping—. ¿Sabe usted

lo que voy a hacer?... En cuanto él presente la demanda de separación —dice al falso lord Epping—, yo presentaré demanda contra usted por todos los delitos conocidos... Le voy a dar una lección por falsas promesas.

—No lo hagas, por favor, no lo hagas—le dice su esposo a Carmelita.

—Nadie me quiere, estoy totalmente sola en el mundo. El me ha abandonado y tú también me abandonas.

Carmelita, al ver a su esposo en aquella actitud tan solícita y comprendiendo que ésta es la ocasión para hacer las paces con él, se pone a gimotear estrepitosamente.

Dennis cree que las lágrimas de su esposa son sinceras y la estrecha amorosamente entre sus brazos mientras le dice con dulzura:

—No, eso no lo haré; no llores más. Todo fué culpa mía, lo reconozco... Y lord Epping no se dio cuenta de que sólo había un mal entendido entre nosotros y que estas cosas ocurren a todos los matrimonios. Lo siento mucho—dice Dennis, conmovido por las lágrimas de Carmelita.

—¿Qué es lo que has dicho?—interroga Carmelita alegremente,

—He dicho que lo siento mucho.

—Si me lo permiten, quisiera hacer una proposición—dice Chumley—. Creo que nos beneficiaría a todos disfrutar de una buena noche de descanso.

—Tiene usted mucha razón. Vamos, Carmelita. Mañana ya hablaremos de nuestras cosas.

—Muy bien—responde contenta Carmelita.

—¿De manera que esa señora es su esposa?—pregunta lady Epping a Dennis.

—Claro que es mi esposa. Buenas noches.

—No veo ninguna necesidad de que yo permanezca aquí. Basil, creo que será mejor retirarse—dice a «aux» esposo lady Epping.

—Es una magnífica idea, eso es lo que debes hacer.

—Amigo, amigo—le dice Chumley—, mañana por la mañana verá las cosas más claras. Vamos... vaya a dormir con la señora Epping.

—¿La señora Epping?—dice asustado Matt—. Me parece que voy a echar otro traguito.

—No, no, no, será mejor que vaya usted a la cama—le aconseja su amigo.

Al subir Matt del bar para irse a la cama según su secretario acaba de aconsejarle, tropieza con el po-

licia del hotel, quien momentos antes ha aconsejado al auténtico lord que vaya a tomar el aire al jardín. Al verle salir del bar, le pregunta extrañado:

—¿No le dije antes que fuese a tomar un poco el aire?

—Le sentará mejor que vaya a dormir—dice Chumley—. ¿Quiere ayudarme a llevarle a dormir?

—Lo haré con mucho gusto.

—Lleva un par de copitas de exceso—advierte Chumley al detective.

—Yo no quiero ir a la cama, ¿moyen? No quiero ir a la cama—suplica Matt.

—Tanto si quiero como si no, ya usted a la cama.

—Sí, y le dará las buenas noches a la señora Epping de parte mía, ¿eh?—le dice Chumley.

—Pero, diga: ¿insiste en que me vaya?

—No hay otro remedio—dice el detective a la vez que le lleva del brazo a su habitación.

—Supongo que sabe usted lo que hace.

—Claro que lo sabe—dice Chumley—. Buenas noches. Nos veremos mañana.

—Vamos—le dice el detective, y se lo lleva a empujones hasta la puerta de la habitación.



## TODO SE ARRECLA

CARMELITITA y Dennis, quienes ya han hecho las paces, se han retirado a su habitación; pero ella, que debía estar contenta por su reconciliación con su marido, está nerviosa pensando en su tío Matt y en lady Epping, pues sospecha que las cosas van a complicarse más con la aparición de la esposa del viejo aristócrata.

—Carmelita, ahora que recuerdo, ¿qué habrá sido de tío Matt?—le hace observar su marido, que sabe que su tío está en Riano y le extraña mucho no haberlo visto desde su llegada.

—Yo estaba pensando precisamente lo mismo...

Al volver al vestíbulo, el detective, después de haber dejado al fal-

so lord Epping en su habitación, encuentra al verdadero lord Epping, a quien dice, sorprendido por hallarle allí.

Pues no se explica que haya podido bajar tan rápidamente. Irritado por lo que cree una desobediencia, le coge por el brazo mientras le dice malhumorado llevándole hacia arriba:

—Me parece haberle dicho que fuese usted a la cama.

—Pues ése era mi propósito, y no hay necesidad de que me lo exija usted de esa manera. Suélteme, ¿quiere? ¿Qué se propone hacer?

—No quiero volverle a ver esta noche—dice el detective, iracundo.

—Yo podría decirle a usted lo mismo, amigo... Y se lo digo, ¡buenas noches!

Matt, que al entrar en el cuarto de lady Epping, no ha hablado ni una palabra porque aquélla se estaba duchando en el cuarto de al lado, al oír los pasos del verdadero lord Epping que se acerca a la habitación, se dirige hacia el balcón y sale precipitadamente.

El viejo lord entra en aquel momento y, sentándose sobre la cama, se dispone a desnudarse. Lady Epping sale a ducharse en aquel momento.

—¿Quieres explicarme, Ada, por qué no veo muy claro todo lo que está pasando aquí—le dice su esposo.

—No comprendo esa perfidia tuya de ocultar tu propia perfidia acusándome a mi de juntarme con otras. He dicho que no comprendo tu perfidia—le responde lady Epping, enfadada.

—Vamos a ver, ¿qué dices a todo esto? Contéstame.

—Métete en la cama—le dice por toda respuesta lady Epping.

—Me parece muy poco convincente esta excusa.

Matt, que, una vez ha salido de la habitación de lady Epping, se ha quitado la peluca, los bigotes y las gafas que le daban la personalidad del viejo aristócrata, penetra en el vestíbulo del hotel. El policía, al verle, se acerca a él y le dice:

—¿Usted es el mayordomo de lord Epping, no? Pues será mejor que cuide usted de él.

—¿No habrá pescado otra merluza, verdad?—interroga Matt.

—Yo no sé si es una merluza, lo que sé es que ha pasado algo gordo.

—¡Caramba, caramba!—exclama Matt, quien se va dando cuenta de lo ocurrido, y viendo colgada en la pared una cabeza de ante y comprendiendo que es su salvación, pues podrá presentarse con ella ante su esposa como trofeo de caza, dice al detective—: Oiga, ¿quiere saber una cosa?

—¿Qué?

—Cuando está un poquito fuera de tono, no hay más que una cosa que le haga estar quieto.

—¿Qué es?

—Esa cabeza de ante.

El detective le mira extrañado, pues no comprende cómo una cabeza de un ante pueda hacer estar quieto a un hombre por el mero hecho de mostrarsele. El policía, que ya está muy escamado de todas las cosas que allí ocurren, le pregunta extrañado:

—¿Lo dice en serio?

Matt, que ve que sus proyectos van por buen camino, le ratifica su pregunta. Mira la cabeza del ante y queda algo desilusionado, porque se da cuenta que su querida esposa no

recibirá aquello como un trofeo de caza, y además, que no será posible hacerse un abrigo con aquello. En fin, a Matt lo único que le interesa es quedar lo mejor posible y arreglar las cosas de manera que no salgan a relucir ciertas cosas que él desea estén ocultas. Sin duda, Carmelita es una mujer endiablada; donde ella se mete allí se arma el lío, pero ahora lo que a Matt le interesa es solucionar las cosas de la mejor forma y olvidar todo lo ocurrido, si es que es posible alejar de su mente todos los sucesos pasados en aquellos días. Ahora, confiado a poner sus proyectos en marcha, y va veremos cómo se desarrolla el plan.

—Se lo aseguro... ¿Puedo descolgarla?

—¿Está seguro de que con ella estará quieto?

—Como si fuera un bebé.

—Muy bien, cójala usted.

Matt descolga la cabeza de ante y se la lleva.

Lord Epping y su esposa siguen enfadados y como no llegan a ponerse de acuerdo, él le dice:

—Buenas noches, Ada querida.— Al no recibir contestación, agrega—: Bien, si te empeñas en seguir de esta manera y estás testaruda, puedes continuar en tu silencio.

Carmelita, aprovechando que Dennis se ha dormido, sale de su

habitación y se dirige al cuarto de lord Epping.

Al acercarse a la cama y ver a éste allí durmiendo plácidamente, le confunde con su tío y, creyéndole cometiendo un acto impropio de él, le aconseja:

—Sal de aquí, sal de aquí. No puedes hacer eso. ¿no me oyes? Si se despierta se arma el lío.

—¿Qué dice usted?— pregunta sorprendido lord Epping, quien no puede comprender aquella inoportuna visita.

—Vámonos, antes que ella despierte—le dice Carmelita, levantándole de la cama.

Lord Epping se resiste a obedecer a Carmelita, pero ésta, sin hacer caso de su oposición, lo hace incorporarse en la cama. El viejo aristócrata se resiste a salir de la cama, y entonces Carmelita le tira fuertemente del camisón de dormir hasta que le incorpora en el techo. Lord Epping no quiere que su esposa se dé cuenta de lo que allí está ocurriendo, porque si es verdad que él no sabe de qué se trata, al menos tiene idea de que aquella mujer es un ser tan violento y descarado que no la importaría poner en pie a todo el hotel, y además recuerda la escena que le hizo en el bar sentándose en sus rodillas. Si lady Epping se entera de que es la misma mujer, va a pensar

que su marido no la es todo lo fiel que ella quisiera que fuera.

Carmelita, que está decidida a sacarle de aquella habitación, le empuja hacia el pasillo del hotel. Lord Epping, temeroso de que aquello sea algo más que una equivocación, pretende enterarse, y dice, con cierta reserva:

—Pero... un momento.

Carmelita no le hace caso, y a empujones pretende sacarle de la habitación.

Lady Epping, que no está dormida, se fija en todo lo que está ocurriendo, y no se digna dar por aludida. Sin duda aquello será una de las múltiples aventuras de su esposo. En silencio mira la escena y ve cómo su marido hace señas a aquella mujer para que se aleje de la habitación.

—Pero... un momento—protesta lord Epping.

—Vámonos en seguida—le apremia Carmelita.

—¿Se puede saber de una vez qué pasa aquí?

Carmelita le lleva al pasillo, y le quiere obligar a entrar en una habitación. Lord Epping se niega a ello, y pregunta:

—Pero ¿qué pasa aquí?

—Déjate de discutir y entra.

—Pero si yo lo que quiero saber es lo que...—

—Quítate eso y entra aquí—le dice Carmelita, señalando el camión de dormir de lord Epping.

—¿Que me quite qué?—pregunta extrañado lord Epping—. Pero, ¿qué hace?... ¡Socorro, socorro!

Della, lady Epping y Dennis salen al pasillo y poco después el detective del hotel llega para investigar aquel escándalo.

—Deténganse ¿Qué les pasa a ustedes?—Dirigiéndose a lord Epping, que está gritando, le pregunta: ¿Qué le pasa a usted? ¿Le tiene miedo a la cama?

—¡Socorro!—sigue gritando lord Epping.

—¡Silencio!—ordena el detective—. ¿Por qué da usted esas voces?

—Quiere raptarme—le responde, asustado.

—Ya he tolerado demasiado todo esto—dice el detective, enfadado.

En verdad, desde que el policía está trabajando en aquel hotel han ocurrido muchas cosas, pero tantas como en aquellos días, no es posible que sucedan en ninguna parte. Aquel viejo aristócrata le está dando mucho que hacer y no le deja tranquilo. Cuidado que aquel hues-

ped le ha molestado desde su llegada; mira que incluso tenerle que meter en su habitación para que le dejara tranquilo. Parece inaudito que una sola persona cometa tantas molestias en tan poco tiempo, y además, mira que ponerse a dar voces cuando todos los viajeros están durmiendo. Aquel hombre se ha propuesto que le despidan del hotel. Está en camión dando voces como si lo fueran a raptar; pero, ¿es que está tan anormal que no se dá cuenta que está poniendo en evidencia a todo el personal del hotel?

—Tiene usted razón—dice lord Epping, y continúa gritando—: ¡Socorro, socorro!

—Espere un momento, esto es un hotel respetable.

—Esta mujer es la culpable de tanto llo—dice lord Epping, señalando a Carmelita.

—¡Qué! — exclama Carmelita, sorprendida—. Pero, ¿qué te pasa ahora? ¿Pretendes traicionarme?—le dice Carmelita, quien cree que es su tío Matt el que está a su lado y no el verdadero lord Epping.

Matt aparece por la escalera en aquel momento; trae en sus brazos la enorme cabeza de ante que momentos antes ha descolgado de la

pared del vestíbulo con el permiso del policía.

—Della.

—Mattito querido.

—Tío Matt—dice asustada Carmelita, asustada por aquella inesperada sorpresa; volviéndose a lord Epping le pregunta—: ¿Quién es usted?

—¿Quién soy?—dice, dudando de su personalidad, lord Epping—. Yo soy... pues, pues...

—¡Oh!... — exclama Carmelita, que se da cuenta de todo lo ocurrido.

—Bien, bien—dice Matt a su esposa—; fíjate en lo que he logrado cazar para ti. No habrá más que esto—dice al ver que su esposa mira con cierto reproche aquella cabeza, pero Matt para convencerla, agrega—: Las pollitas se apoderaron del resto. ¿Es bonito, verdad?

—¡Hum!—le responde desilusionada su esposa.

—¿Qué te pasa?—la interroga Matt, quien se da cuenta del gesto.

El teme que todo se descubra; en verdad ha obrado por arreglar todo, pero muchas de las veces lo único que ha conseguido ha sido enredarlo. Matt mira a su esposa como esperando una respuesta, pero ésta,

# U N A M U J E R E N D I A B L A D A

que sabe lo que es su esposo, le mira con cierta hostilidad y no se digna contestarle. Ella no sabe nada de lo ocurrido, pero se imagina algo de lo mucho que allí ha ocurrido. Tan pronto como se encuentren solos le

pedirá cuenta de sus andanzas, y sobre todo le exigirá le diga dónde cazó aquella cabeza de ante disecada; a ella no es fácil engañarla, y mucho menos su marido, a quien tan bien conoce.

## AMOR Y DINERO

Matt, que no ignora que su esposa sospecha de él, pretende justificarse de alguna manera, pero comprende que no es aquél el momento oportuno, ya que de decirlo lo ocurrido se armaría mayor lío. Guardan silencio un momento y Matt, que sabe que cuando Della no dice nada es que piensa muchas cosas, la mira interrogándola, pero ella le responde con marcado gesto de desprecio:

—Nuestra habitación está al final del corredor.

Y sin añadir palabra se dirige a su aposento. Matt la ve desaparecer con temor. ¿Se habrá enterado de sus andanzas? El no teme que descubra que ha estado suplantando a lord Epping; lo que teme es que llegue a saber alguna de sus múltiples

aventuras durante su estancia en Reno.

Carmelita se da cuenta de su error, y como no encuentra la manera de arreglarlo, dice a su esposo:

—¿No crees que debiéramos ir a nuestra habitación?

Dennis comprende que aquello es lo más acertado, y saluda a todos, deseándoles buenas noches, si con todo lo que allí ocurre se puede esperar dormir bien.

Ambos se retiran a su alcoba. El detective pregunta a Matt:

—¿Está seguro que esto hará estar quieto a lord Epping?

Bastante le interesa a Matt, lord Epping excepto su esposa que sin duda le armará un escándalo de los buenos. ¡Menudo geniecito se gasta Della! Matt tiene grandes deseos de

alejarse de allí, pero teme entrar en conversación con su esposa, porque ignora hasta qué punto puede esta sospechar lo que allí ha pasado. Matt antes de apartarse del detective le responde:

—No ha fallado nunca.

El detective, con la cabeza del animal debajo del brazo, se acerca a lord Epping y mostrándole la cabeza de ante le dice:

—Tome, lord Epping, aquí tiene su cabecita de ante.

Matt, al tiempo de alejarse, vuelve la cabeza y ve cómo el viejo aristócrata contempla al detective, sin saber a qué viene aquel ofrecimiento, pero creyendo que es un trofeo del policía le responde afablemente:

—¡Caramba, qué hermoso ejemplar! Yo acostumbraba a cazarlos en Rodesia.

Responde lord Epping que no comprende el interés que el policía tiene por enseñarle la cabeza de ante. El viejo aristócrata mira extrañado al policía y a la cabeza de ante sin comprender a qué atenerse. Los dos guardan silencio sin saber qué decirse. El policía cree que está originándose el cambio en lord Epping manifestado por Matt, y lord Epping, cada vez más extrañado, contempla al policía. ¿Qué interés tendrá para enseñarle aquella

cabeza de ante? Los dos ignoran todas las cosas ocurridas y las bromas gastadas a costa del viejo lord a todos los amigos; y el aristócrata, quien también está ajeno a todo lo ocurrido, mira sorprendido muchas cosas de las que han ocurrido sin comprender los motivos que las han originado.

—Bueno, a mí esto no me interesa en absoluto.

—A mí tampoco me interesa esta cabeza—le responde lord Epping, que no logra entender el porqué de enseñarle aquella cabeza.

—¿Ah, no?—responde el detective sorprendido por aquella afirmación, ya que él esperaba que lord Epping, según las manifestaciones de Matt, que tan pronto como viera la cabeza se calmaría, pero lo que es por ahora, sigue indiferente a ella.

—Bien, es hora de que vaya usted a la cama.

—Vamos, entre allí.

—Si ha de hacerse a mi gusto, prefiero que no entre—le hace observar lord Epping—. Y generalmente hay que hacerlo a su gusto—añade lord Epping—. ¿Entiende lo que quiero decir?—le pregunta al detective.

—¡Sí!

—¿No tendría usted por aquí al-

guna habitación que no esté ocupada?—solicita lord Epping, que desea estar solo y descansar, pues desde que ha llegado a Reno han ocurrido tantas cosas que no puede hacerse cargo de lo sucedido; encuentra a su esposa en salto de cama en el vestíbulo, todo el mundo le dice lo que tiene que hacer. Su esposa le echa culpas de faltas que él no ha cometido, y para mayor desasosiego, aquella mujer no le deja dormir tranquilo, pero, ¿qué ocurre en Reno? ¿Es acaso que el humor de los americanos le están probando en un aristócrata inglés?

—Esta es la primera vez que usted ha dicho algo con sentido común. Por aquí, acompáñeme, haga el favor. Es ésta—le señala el detective.

—¿Está usted seguro de que nadie me molestará?

—En absoluto. Buenas noches—dice el detective, y se marcha con la cabeza de ante bajo el brazo.

—Bueno, muchachos, me iré a descansar—dice Matt a Carmelita y a Dennis.

—Oye—le llama Carmelita.

—¿Qué?

—¿Sabes dónde está tu habitación?

—Sí; tía Della me lo ha dicho: al final del corredor. Buenas noches.

—Buenas noches, tío.

Matt, siguiendo la dirección que su esposa le ha dado al decirle que su habitación está al final del corredor, atraviesa éste y resueltamente abre la puerta de una habitación que cree ser la de su esposa y, sin encender la luz para no molestarla, comienza a descalzarse mientras dice:

—¡Vaya, vaya! Ya estoy aquí. No sabes cuánto siento no haber podido traerte el abrigo de pieles. Lo único que he podido conseguir ha sido la cabeza. Dennis y Carmelita me han contado lo ocurrido con ese pelmazo, sí. ¿Por qué no se marchará a su casa que es donde debería estar?... No hace más que fastidiar a todo el mundo... No sé si su abuelo sería como él... pero lo que es éste... ¡Caramba, me encuentro como aturdido! Y tú, ¿cómo te encuentras? Bien, sueña con los angelitos.

Las palabras de Matt despiertan a lord Epping, quien es el que reposa en una de las camas en cuya habitación se ha metido Matt creyendo que es la de esposa. El viejo aristócrata se incorpora en la cama y, poniéndose las gafas, trata de reconocer a la persona que le habla; pero la obscuridad que reina en la habitación y su escasa vista le impiden cerciorarse de ello, creyendo que es una cosa de su imaginación, y no viendo a nadie en la habitación,

se vuelve a tumbar nuevamente. Matt, en la semiobscuridad, cree ver el rostro de lord Epping y, tapándose la cara con las sábanas, trata de dormirse creyendo ser víctima de una pesadilla.

—¿Quién está ahí? ¿Qué dice usted?

El día siguiente hará ver a todos las cosas más claras, y la extrañeza de Matt y lord Epping será patente al verse el uno en la habitación del otro; pero por el momento, las inusitadas cosas que han ocurrido y la avanzada hora de la noche hacen que ambos se queden dormidos sin

tratar de explicarse la situación que uno achaca a su oído y otro a una pesadilla que le invade.

Las cosas han salido bien para Carmelita y Dennis; ella ha conseguido reconciliarse con su marido, del que procurará no volver a separarse, pues lo ocurrido le servirá de lección; y por su parte, Dennis está contento porque las cosas le han salido bien: ha hecho las paces con su esposa y además ha conseguido el deseado contrato con lord Epping que le asegura un gran beneficio y un paso hacia la cumbre de los negocios.

FIN

# NOVELAS POLICIAES

A 2 ptas.

LA MASCARA DEL OTRO  
EL CRIMEN DEL SIGLO  
SECUESTRO SENSACIONAL  
LA VUELTA DE ARSENIO LUPIN  
EL DETECTIVE Y SU COMPANERA  
LOS DEFENSORES DEL CRIMEN

A 2 50 ptas.

EL CRIMEN DE MEDIANOCHE  
ACUSADA  
EL MISTERIO DE VILLA ROSA  
BAJO EL MANTO DE LA NOCHE  
EL ASESINO INVISIBLE  
ALARMA EN EL EXPRESO  
EL SOBRE LACRADO  
LA CULPA DEL OTRO  
EXTRAÑOS EN LUNA DE MIEL  
UNA HORA EN BLANCO

Pedidos a

EDITORIAL ALAS — Apartado 707 — BARCELONA

# CANCIONERO

Precio: 30 cts.

MERCEDES LACRUZ  
LUIS MANDARINO (Tango)  
ROBERTO NUÑEZ (Jazz-Hot)  
RAMIRO RUIZ «RAFLES»  
IMPERIO ARGENTINA (Aixa)  
JUANITO VALDEHAMA  
EL AMERICANO  
ROSA DE ANDALUCIA  
NISO LEON  
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)  
ESTRELLITA CASTRO  
JUANITO MONTIYA  
CAMILIN  
LOLA FLORES  
VLADIMIR  
PEPE BALLESTEROS  
MIRCO

NISO DE MARCHONA  
RAMPER  
NISO DE UTRERA  
FLABIN AMOS  
NISA DE LOS PEÑES  
GUERRITA  
TERO HUAPANGO  
OTO DE BULLVA  
MARTA FLORES  
MANOLO «EL GAFAS»  
JOSE SEGARRA  
PEPE BLANCO  
CARMELA MONTES  
TOMAS DE ANTEQUERA  
NISO DE AMADEN  
ROSARIO LA CARTUZANA  
BONET DE SAN PEDRO

Precio: 60 cts.

PEPE MARCHONA  
PASTORA SOLER  
NISO DE VELEZ  
ANTORITA MORENO  
JUANITO VARELA  
CARLOS GARDEL (Homenaje a su memoria)  
MANUELA DE BONDA  
GRACIA DE TRIANA

CARLOS GARDEL (Inolvidables creaciones)  
BONET DE SAN PEDRO  
RUGO DEL CARRIL  
CARLOS GARDEL (Selección de éxitos)  
TOMAS MARCO (Jotas aragonesas)  
IRANQUITA SUAREZ  
MANOLO «CARACOL»  
RAUL ARRIU

Precio: 75 cts.

LUIS MARAVILLA «LA COPLA ANDALUZA»

CANCIONES DE JAZZ-HOT  
EXITOS DEL CINE AMERICANO

Precio: 1 pla.

RITMOS DEL JAZZ  
MELODIAS DE MODA  
JAZZ y CANCIONES de MODA  
MUSA CUBANA «MACHIN»  
EXITOS DEL MOMENTO. «JAZZ»

JAZZ-HOT. Ramón Escalón y su Orquesta (Aguilón)  
JAZZ-HOT. Luis Dupont y su Orquesta (Aguilón)  
JAIMÉ PLANAS y sus discos vitrolas

Precio: 1'25 ptas.

LUISITA ESTIBO  
JAZZ-HOT Orquesta Plantación  
R. GASTON y su ORQUESTA de JAZZ-HOT  
SELECCION de EXITOS de JAZZ-HOT  
CONCHITA PIQUER

TRUJE BORA. JAZZ-HOT  
LUIS ARAQUEL. JAZZ-HOT  
PASTORA IMPERIO  
ANDRES MOLTO. JAZZ-HOT  
CANALEJAS  
TEJADA Y SU ORQUESTA. JAZZ

Precio: 1'30 ptas.

PEPE PINTO  
ADOLFO ARAGO. JAZZ-HOT  
MERCEDES VICINO. CINE-JAZZ  
EXITOS DE LA RADIO  
SALATEA y «LUCIS DE VIENA»  
JULIO GALINDO. JAZZ-HOT  
ORQUESTA ESPASA. JAZZ  
ROZALBO FLORES. MEXICANAS  
FRANCISCO BOLEDA. JAZZ  
RAUL ARRIU. BONET DE SAN PEDRO.  
BERNARD HILDA  
RUSA ARGENTINA  
SEPULVEDA - R. BOLEDA

MARIA LUISA BERGNA - MARY MERCE  
y TERESITA ALZAS  
UNA VOZ Y UNA MELODIA (núm. 1)  
JOSE VALERO  
UNA VOZ Y UNA MELODIA (núm. 2)  
ORQUESTA DEMOND  
MARIO GABARRON  
BONET DE SAN PEDRO  
LOS TRASHUMANTES  
RITMOS HISPANO-AMERICANOS  
MIGUEL DE MOLINA  
FRANCISCO BOVIRALTA  
RAUL ARRIU

PEDIDOS a



Apartado 707  
BARCELONA

Los más célebres artistas

Las grandes producciones

La mejor literatura

siempre en



**BIBLIOTECA CINE NACIONAL**

**2 ptas.**

La última falla . . . . .	Miguel Ligero	Martingala . . . . .	Niño Marchena
La reina mora . . . . .	María Anas	Rápieme usted . . . . .	Celia Cames
Rinconcito madrileño . . . . .	P. C. Velázquez	Usted tiene ojos de mu-	
María de la O . . . . .	Carmen Amaya	jer fatal . . . . .	R. de Sentmenat
¡No quiero! ¡No quiero!	José Baviera	Tierra y cielo . . . . .	Maruchi Fresno
Eran tres hermanas . . . . .	Luisita Gargallo	Jai-Alai . . . . .	Inés de Val
Ensamble . . . . .	Emilia Ailaga	¿Quién me compra un	
Don Flaripandia . . . . .	Valeriano León	un lío? . . . . .	Maruja Tomás
Los hijos de la noche . . . . .	Miguel Ligero	Alas de paz . . . . .	Lois de Valcía

**SERIE ALFA**

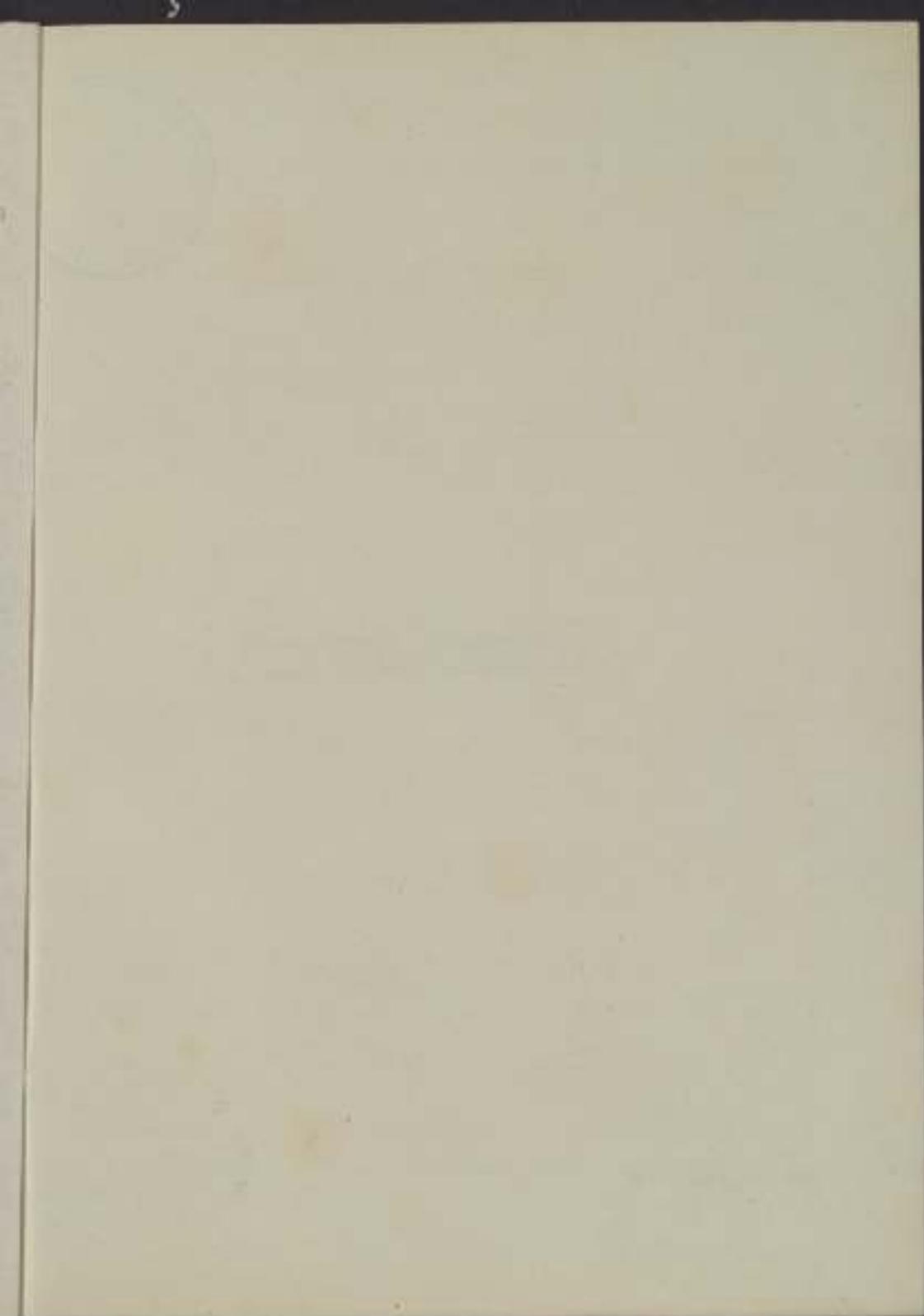
**2'50 ptas.**

Carmen, la de Triana . . . . .	I. Argentina	Sol de Valencia . . . . .	Maruja Gómez
El sobre lacrado . . . . .	L. Gargallo	Misterio en la Marisma . . . . .	Tony D'Algy
La Dolerosa . . . . .	Rosita Díaz	Rosas de utuño . . . . .	M. F. L. Góvarez
La Millana . . . . .	R. de Sentmenat	La patria chica . . . . .	Estrellita Castro
Suspiros de España . . . . .	Miguel Ligero	La chica del gato . . . . .	Josita Hernán
Gloria del Moncayo (Los		Un enredo de familia . . . . .	Mercedes Vecino
de Aragón) . . . . .	M. de Diego	La culpa del otro . . . . .	Luis Prendes
El octavo mandamiento . . . . .	Lina Yegros	Fin de curso . . . . .	Luchy Soto
Rumba al Calro . . . . .	Miguel Ligero	Mi enemigo y yo . . . . .	Josita Hernán
El difunto es un vivo . . . . .	Antonio Vico	Y tú... ¿quién eres? . . . . .	José Nieto
Molinos de viento . . . . .	Pedro Terol	Una mujer en un taxi . . . . .	Silvia Morgan
La alegría de la huerta . . . . .	Flora Santacruz	Una herencia en París . . . . .	Tony D'Algy
El barbero de Sevilla . . . . .	Miguel Ligero	Empezó en boda . . . . .	Sara Montiel
Melodía de arrabal . . . . .	I. Argentina		
	C. Gardel		

**SELECCIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.**

A la lima y al limón . . . . .	Miguel Ligero	Cautivo del deseo . . . . .	Leslie Howard
La Parrala . . . . .	Maruja Tomás	Flor de espino . . . . .	Gracia de Triana
Verbena . . . . .	Maruja Tomás	Tú llegarás . . . . .	Roberto Rey
Rosa de Africa . . . . .	Rafael Medina	Buenas noches . . . . .	M. Luisa Girona
Noche de engaño . . . . .	Amadeo Nazari	Otoño . . . . .	Roberto Rey

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA





2.<sup>50</sup> ptas.

IMPRESA EN ESPAÑA  
CALLE DE LA ALFONSO, 12